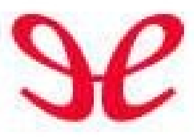
Rudyard
Kipling



EL HOMBRE QUE PUDO REINAR

Ilustraciones de
Fernando Vicente

Traducción de
Enrique Maldonado

El hombre que pudo reinar trata de dos aventureros británicos en la India que se convierten en reyes de Kafiristán, una parte remota de Afganistán. La historia está inspirada en las hazañas de James Brooke, un inglés que se convirtió en el primer rajá de Sarawak en Borneo y en los viajes del aventurero estadounidense Josiah Harlan, a quien le fue concedido el título de Príncipe de Ghor a perpetuidad para él y sus descendientes.

En 1975 fue adaptada por el director John Huston en la película del mismo nombre, protagonizada por Sean Connery y Michael Caine como los aventureros y Christopher Plummer como Kipling.

Esta novela corta, considerada una de las mejores de Kipling, ha sido genialmente ilustrada por Fernando Vicente.

Lectulandia

Rudyard Kipling

El hombre que pudo reinar (Ilustrado)

ePub r1.0
Titivillus 11.07.16

Título original: *The Man Who Would Be King*
Rudyard Kipling, 1888
Traducción: Enrique Maldonado Roldán
Ilustraciones: Fernando Vicente

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Hermano del príncipe y compañero del mendigo en caso de merecerlo.[1]

La Ley, tal y como está formulada, establece una conducta vital justa, algo que no es sencillo mantener. He sido compañero de un mendigo una y otra vez, en circunstancias que impedían que ninguno de los dos supiéramos si el otro lo merecía. Todavía he de ser hermano de un príncipe, si bien una vez estuve próximo a establecer una relación de amistad con alguien que podría haber sido un verdadero rey y me prometieron la instauración de un reino: ejército, juzgados, impuestos y policía, todo incluido. Sin embargo, hoy, mucho me temo que mi rey esté muerto y

que si deseo una corona deberé ir a buscarla yo mismo.

Todo comenzó en un vagón de tren que se dirigía a Mhow desde Ajmer. Se había producido un déficit presupuestario que me obligó a viajar no ya en segunda clase, que sólo es ligeramente menos distinguida que la primera, sino en intermedia, algo verdaderamente terrible. No hay cojines en la clase intermedia y la población es bien intermedia; es decir, euroasiática o bien nativa, lo cual para un largo viaje nocturno es desagradable; mención aparte merecen los haraganes, divertidos pero enloquecedores. Los usuarios de la clase intermedia no frecuentan los vagones cafetería; portan sus alimentos en fardos y cacerolas, compran dulces a los vendedores nativos de golosinas y beben el agua de las fuentes junto a las vías. Es por esto por lo que en la temporada de calor los *intermedios* acaban saliendo de los vagones en ataúd y, sea cual sea la climatología, se les observa, motivos hay, con desdén.

Mi vagón intermedio resultó ir vacío hasta que alcancé Nasirabad, cuando entró en mangas de camisa un gigantesco caballero de oscuras cejas y, siguiendo la costumbre de los intermedios, comenzó a charlar conmigo. Era un viajero y un vagabundo como yo mismo, aunque con un educado paladar para el *whisky*. Contaba historias sobre cosas que había visto y hecho, de los rincones recónditos del Imperio en los que había penetrado y de aventuras en las que arriesgaba su vida por comida para un par de días.

—Si la India estuviera llena de hombres como usted y como yo, que desconocen en igual medida que los cuervos dónde conseguirán su sustento para el día siguiente, no serían setenta millones los impuestos que esta tierra estaría pagando: serían setecientos —pronunció.

Observando su boca y su mentón, me sentí inclinado a mostrarme de acuerdo.

Charlamos sobre política (la política de la vagancia, que analiza las cosas desde su reverso, en el que la madera y el yeso no están pulidos) y comentamos el funcionamiento del servicio postal, debido a que mi amigo quería enviar un telegrama desde la siguiente estación a Ajmer, que ejerce de conexión entre la línea de Bombay y la de Mhow en los desplazamientos hacia el oeste. Mi amigo no tenía más capital que ocho exiguos *annas*, los cuales deseaba destinar a la cena, mientras que yo no contaba con dinero en absoluto a causa de las complicaciones presupuestarias mencionadas anteriormente. A todo esto se sumaba que yo me dirigía a una zona agreste en la que, si bien volvería a entablar contacto con el Tesoro, no existían oficinas de telégrafos. Me era, por tanto, imposible auxiliarlo en modo alguno.

—Podemos amenazar a un jefe de estación y obligarlo a que envíe el mensaje a crédito —propuso mi amigo—, pero esto significaría un interrogatorio sobre ambos y ando bastante ocupado estos días. ¿Dice que regresará por esta misma línea en unos días?



—En diez días —respondí.

—¿No pueden ser ocho? Se trata de una cuestión bastante urgente.

—Puedo enviar su telegrama dentro de diez días, si eso le es de utilidad —propuse.

—No puedo confiar en que el cable le llegue, ahora que lo pienso. La situación es esta: saldrá de Delhi para Bombay el día 23. Eso significa que atravesará Ajmer en torno a la madrugada ese mismo día.

—Pero yo me dirijo al Gran Desierto Indio —le expliqué.

—Muy bien —asintió—. Usted cambiará de tren en la intersección de Marwar para entrar en territorio de Jodhpur. Tiene por fuerza que pasar por ahí. Por su parte, él llegará a la intersección de Marwar a primera hora de la mañana del día 24 a bordo del Bombay Mail. ¿Podría usted estar en Marwar a esa hora? No le supondrá un problema puesto que sé que son pocas las gangas que merecen la pena en esos estados centrales de la India…, incluso si finge ser corresponsal del *Backwoodsman*. [2]

—¿Ha intentado usted ese truco en alguna ocasión?

—Una y otra vez; lo que pasa es que los funcionarios residentes terminan por descubrirlo y uno acaba escoltado hasta la frontera antes de que pueda clavarles un cuchillo. Pero volvamos a mi amigo. Necesito, me es imprescindible, transmitirle algo de boca a boca para que comprenda qué me ha sucedido; de lo contrario no sabrá adónde dirigirse. Sería un gesto más que amable por su parte si usted saliera de los

estados centrales a tiempo para encontrarse con él en la intersección de Marwar y le dijera: «Se ha marchado al sur a pasar la semana». Él sabrá qué significa. Es un hombre corpulento, con la barba pelirroja, y de lo más elegante. Lo encontrará dormido como un caballero, con todo el equipaje colocado a su alrededor, en un compartimento de segunda clase. Pero no tema. Baje la ventanilla y diga: «Se ha marchado al sur a pasar la semana». Él comprenderá. Sólo le supone reducir su estancia en esas tierras dos días. Se lo pido como un desconocido… que se dirige al oeste —pronunció con especial énfasis en las últimas palabras.

—¿Usted de dónde viene? —le pregunté.

—Del este. Y espero que le haga llegar el mensaje en la Plaza… por el bien de mi Madre, así como de la suya.

Los caballeros ingleses no se ven fácilmente conmovidos por la memoria de sus madres; no obstante, por ciertos motivos que quedarán completamente aclarados, consideré oportuno aceptar.

—La cuestión no es banal —dijo—; por eso le pido que lo haga… y ahora sé que puedo fiarme de que así será. Un vagón de segunda clase en la intersección de Marwar y un hombre pelirrojo dormido en su interior. Asegúrese de recordarlo. Yo me apeo en la próxima estación y deberé permanecer allí hasta que él llegue o hasta que me envíe lo que preciso.

—Le transmitiré el mensaje si lo encuentro —concedí—, y por el bien de su Madre, así como por el de la mía, le advertiré algo: no intente recorrer los estados centrales de la India en este momento como corresponsal del *Backwoodsman*. Hay uno verdadero por esta zona y le puede acarrear problemas.

—Gracias —dijo sencillamente—; ¿y cuándo se marchará ese canalla? No puedo permitir morirme de hambre porque me esté arruinando el trabajo. Quiero atrapar al rajá de Degumber por lo que hizo con la viuda de su padre y darle un buen susto.

—¿Qué fue lo que hizo con la viuda de su padre?

—La atiborró de guindillas y la mató a zapatillazos colgada de una viga. Lo he descubierto y soy el único hombre que se atrevería a internarse en ese estado para conseguir una mordida.

Intentarán envenenarme, igual que hicieron en Chortumna cuando fui allí a saquear. Pero ¿le transmitirá mi mensaje al hombre de la intersección de Marwar?

Mi compañero se apeó en una pequeña estación secundaria y yo quedé pensativo. Había oído en más de una ocasión historias de hombres que se hacían pasar por corresponsales de periódicos y extorsionaban a los pequeños estados nativos, amenazándolos con airear determinadas cuestiones, pero nunca antes me había encontrado con alguien de esta calaña. Soportan una vida dura y generalmente mueren con gran celeridad. Los estados nativos tienen un terror absoluto a los diarios ingleses, que pueden arrojar luz sobre sus peculiares métodos de gobierno, por lo que hacen cuanto pueden por ahogar a los corresponsales en champán o volverlos completamente locos con carros tirados por cuatro caballos. No entienden que a nadie

le importa un bledo la administración interna de los estados nativos, siempre y cuando la opresión y la criminalidad se mantengan dentro de unos límites decentes y el gobernante no permanezca drogado, borracho o enfermo del primer al último mes del año. Los estados nativos fueron creados por la Providencia con el objetivo de facilitar paisajes pintorescos, tigres y cuentos fantásticos. Son los rincones oscuros de la Tierra, de una crueldad inimaginable, con un pie en el ferrocarril y el telégrafo y el otro en los días de Harún al-Rashid.[3]

Cuando dejé el tren, entablé negocios con varios reyes y en ocho días se sucedieron numerosos cambios de vida. En ocasiones, vestía prendas de lujo y me asociaba con príncipes y políticos, utilizaba copas de fino cristal y cubiertos de plata. En otros momentos, quedaba en el suelo y devoraba lo que podía conseguir, en un plato que no era más que una torta de harina, mientras bebía de las fuentes y dormía bajo la misma manta que mi sirviente. Todo en un mismo día de trabajo.



Más tarde me dirigí hacia el Gran Desierto indio en la fecha acordada, tal y como había prometido, y el correo nocturno me depositó en la intersección de Marwar,

donde un pequeño tren, peculiar, desenfadado y gestionado por nativos, comunica con Jodhpur. El Correo de Bombay que procede de Delhi realiza una corta parada en Marwar. Entró en la estación a la vez que yo y tuve el tiempo justo para correr hasta su andén y recorrer los vagones. Sólo había uno de segunda clase en el convoy. Bajé la ventanilla y observé una llameante barba pelirroja, medio oculta por una manta de viaje. Aquél era mi hombre, pero estaba profundamente dormido, por lo que lo sacudí con suavidad en las costillas. Se despertó con un gruñido y pude ver su rostro a la luz de las lamparillas. Era un rostro soberbio y brillante.

—¿El billete otra vez? —protestó.

—No. Estoy aquí para decirle que él se ha marchado al sur a pasar la semana. ¡Se ha marchado al sur a pasar la semana!

El tren comenzó a moverse. El hombre pelirrojo se frotó los ojos.

—Se ha marchado al sur a pasar la semana —repitió—. Vaya, muy propio de su insolencia. ¿Le dijo que yo le pagaría algo?… Porque no pienso hacerlo.

—No dijo nada de eso —respondí y quedé atrás.

Observé las luces rojas morir en la oscuridad. El frío era terrible porque el viento soplaba desde las dunas. Subí a mi tren (no a un vagón intermedio en esta ocasión) y me quedé dormido.

Si el hombre de la barba me hubiera entregado una rupia, la habría conservado como recuerdo de una historia bastante curiosa. Sin embargo, la conciencia de haber cumplido con mi obligación fue mi única recompensa.

Tiempo después pensé que dos caballeros como mis amigos no podían hacer ningún bien si se asociaban y se hacían pasar por corresponsales de periódicos. Podrían además, si *desconcertaban* uno de los pequeños estados trampa de India Central o del sur de Rajputana, meterse en serios problemas. Así pues, me esforcé en describirlos, tan fielmente como fui capaz de recordar, a personas que podían estar interesadas en deportarlos. Logré, así me informaron más adelante, que los hicieran dar media vuelta en las fronteras de Degumber.

Pasado un tiempo, me convertí en alguien respetable y regresé a una oficina en la que no había reyes ni otros incidentes que los propios de la manufactura diaria de un periódico. La redacción de un diario parece atraer a todo tipo imaginable de personas, para perjuicio de la disciplina: aparecen damas de las misiones Zenana[4] y ruegan al editor que abandone de inmediato todas sus obligaciones para cubrir una entrega de premios cristianos en un suburbio oscuro de una localidad completamente inaccesible; coroneles que se han visto adelantados en las promociones militares toman asiento y esbozan una serie de diez, doce o veinticuatro artículos centrales en los que se analiza la prevalencia de la antigüedad sobre los méritos; misioneros desean saber por qué no se les ha permitido disfrutar del patronazgo especial que supone el anonimato de un editorial, para así poder variar sus estrategias habituales

de abuso y maldición hacia un hermano de su misma orden; compañías teatrales perdidas entran en tropel para explicar que no pueden pagar sus anuncios, pero que a su regreso de Nueva Zelanda o Tahití lo harán con intereses; inventores de máquinas patentadas para agitar un abano, enganches para carros, espadas y ejes irrompibles aparecen con especificaciones técnicas en los bolsillos y horas y horas sin nada mejor que hacer; empresas del té entran y elaboran sus prospectos con las plumas de la oficina; secretarias de comités organizadores de bailes claman por tener las glorias de su último encuentro expuestas más extensamente; extrañas mujeres entran con su peculiar frufrú y dicen: «Quiero cien tarjetas de dama impresas. De inmediato, por favor», lo que es claramente parte de las obligaciones de un editor…; y todo rufián disoluto que jamás haya recorrido la Grand Trunk Road[5] se detiene a pedir trabajo como corrector. Entretanto, en todo momento, el teléfono suena como loco, mueren asesinados reyes en el continente, los imperios dicen: «Y tú más», el primer ministro Gladstone arroja maldiciones sobre los dominios británicos y los chiquillos negros que hacen de copistas gimen «*kaa-pi-chay-ha-yeh*» («necesito una copia») como abejas agotadas, mientras que la mayor parte del papel permanece en blanco como el escudo de Mordred.[6]

Pero esa es la parte divertida del año. Hay otros seis meses en los que jamás nadie realiza una visita y el termómetro avanza centímetro a centímetro hasta la cima del cristal, la oficina se sume en la oscuridad hasta el límite que permite leer, las prensas están al rojo vivo sin siquiera tocarlas y nadie escribe otra cosa que no sean crónicas de los entretenimientos en los centros vacacionales de montaña o notas necrológicas. En esos días, el teléfono se convierte en una pesadilla tintineante, pues habla de la repentina muerte de hombres y mujeres a los que uno conocía personalmente, y con la miliaria extendida por todo el cuerpo como una prenda de ropa, uno se sienta y escribe: «Las autoridades informan de un ligero incremento de las enfermedades en el distrito Khuda Janta Khan.[7] El brote es meramente esporádico en su naturaleza y, gracias a los denodados esfuerzos de los responsables del distrito, está prácticamente controlado. No obstante, con gran pesar, hemos de comunicar la muerte de…».

Entonces la enfermedad se desata verdaderamente y cuanta menos información se ofrezca, mejor para la paz de los subscriptores. Pero los imperios y los reyes continúan entreteniéndose a su manera, de forma tan egoísta como siempre, y el jefe piensa que un diario debe realmente publicarse cada veinticuatro horas, mientras que toda la gente que está en las montañas, en plena diversión, dice: «¡Santo Cielo! ¿Por qué no puede el periódico tener algo más de chispa? Seguro que suceden montones de cosas aquí arriba».

Esta es la cara oscura de la luna y, como dicen los anuncios, «para poder apreciarlo, hay que vivirlo».

Fue en esta estación, una especialmente funesta, en la que el periódico comenzó a

publicar su último número de la semana la noche del sábado, lo que en realidad significaba domingo por la mañana, siguiendo el modelo de un diario de Londres. Esta decisión resultó ser un gran alivio, puesto que en cuanto se cerraba la edición, el amanecer hacía descender la temperatura de los 36 a los 30 grados durante casi media hora, y en ese frescor (uno no sabe lo frescos que pueden llegar a ser 30 grados sobre la hierba hasta que comienza a rezar para que algo así suceda) un hombre verdaderamente cansado puede echarse a dormir antes de que el calor lo despierte.



Una noche de sábado fue mi placentera obligación cerrar la edición del periódico yo solo. Un rey, un cortesano, una cortesana o una comunidad iban a morir, a dotarse

de una nueva constitución o a hacer algo que era importante en el otro extremo del mundo, por lo que la redacción debía permanecer abierta hasta el último minuto posible para poder recibir el telegrama a tiempo. Era una noche cerrada y oscura, tan sofocante como puede ser una noche de junio, y el loo, el viento abrasador proveniente del oeste, soplaba entre los resecos árboles y simulaba que la lluvia le pisaba los talones. De cuando en cuando, una pizca de agua casi hirviendo caía sobre el polvo como una rana que se desploma, pero todo nuestro agotado mundo sabía que aquello no era más que fingimiento. El cuarto de máquinas era ligeramente más fresco que la redacción, así que me senté allí, mientras el mecanógrafo tecleaba, los chotacabras ululaban en las ventanas y los cajistas, prácticamente desnudos, se secaban el sudor de la frente y pedían agua. Aquello que nos seguía retrasando, fuera lo que fuera, no terminaba de llegar, si bien el loo se calmó y el último tipo, la última letra, fue colocado y toda la tierra quedó inmóvil en el asfixiante calor, con un dedo en los labios, esperando el acontecimiento. Yo quedé adormilado y me pregunté si el telégrafo era realmente una bendición y si este hombre moribundo o esa gente luchadora eran conscientes de las molestias que la espera estaba causando. No había motivo especial, más allá del calor y de la preocupación del trabajo, que generara tensión; sin embargo, cuando las manijas del reloj reptaron hasta las tres en punto y las máquinas pusieron en marcha los volantes dos y tres veces para comprobar que todo estaba en orden, justo antes de que yo pronunciara las palabras que las pondrían en marcha, me vi capaz de romper a gritar.

Poco después, el rugido y el traqueteo de los rodillos rompió el silencio en pequeños pedazos. Me levanté para marcharme, pero dos hombres vestidos de blanco se colocaron frente a mí. El primero dijo:

—¡Es él!

—¡Sí que lo es! —señaló el segundo.

Los dos comenzaron a reírse de forma casi tan estridente como el rugido de la maquinaria y se secaron la frente.

—Vimos desde el otro lado de la calle que había una luz encendida. Nosotros estábamos durmiendo en esa cuneta de allí para estar más frescos, así que le comenté aquí a mi amigo: «La oficina está abierta. Vamos a acercarnos y a charlar con él, ya que nos hizo salir del estado de Degumber» —dijo el más pequeño de los dos.

Era el hombre con el que me había encontrado en el tren de Mhow; su amigo era el tipo de la barba pelirroja del intercambiador de Marwar. Las cejas de uno y la barba del otro no dejaban lugar a la duda.

No me alegró verlos; yo quería irme a dormir, no reñir con haraganes.

—¿Qué es lo que quieren?

—Media hora de conversación con usted en un sitio fresco y cómodo, en la oficina —respondió el hombre de la barba pelirroja—. Nos gustaría beber algo… El Contracto no ha comenzado todavía, Peachey, así que no hace falta que lo mires… Aunque lo que realmente queremos es consejo. No necesitamos dinero. Se lo

pedimos como un favor, porque usted nos hizo una jugarreta con aquello de Degumber.

Los guie desde la sala de máquinas hasta la asfixiante oficina, decorada con mapas en las paredes, y el pelirrojo se frotó las manos.

—Bien y rebién —dijo—. Este es el sitio en el que estar. Ahora, caballero, permítame que le presente al hermano Peachey Carnehan, que es él, y al hermano Daniel Dravot, que soy yo, y cuanto menos digamos sobre nuestras profesiones, mejor, puesto que hemos sido casi de todo a lo largo de nuestras vidas: soldados, marinos, compositores, fotógrafos, correctores, predicadores callejeros y corresponsales del *Backwoodsman* cuando pensamos que el periódico necesitaba uno. Carnehan está sobrio y lo mismo se puede decir de mí. Mírenos primero y verá que es cierto. Esto evitará que me interrumpa. Tomaremos uno de sus puros cada uno y usted verá que los encendemos sin problemas.

Observé la prueba. Estaban absolutamente sobrios, así que ofrecí a cada uno un trago de *whisky* y soda recalentado.

—Perfecto —pronunció Carnehan, el de las cejas, limpiándose la espuma del bigote—. Déjame que hable yo ahora, Dan. Hemos recorrido toda la India, fundamentalmente a pie. Hemos sido mecánicos de calderas, maquinistas, pequeños contratistas y demás, y hemos decidido que la India no es lo suficientemente grande para gente como nosotros.

Sin duda, eran demasiado corpulentos para la oficina. Sentados a la gran mesa, la barba de Dravot parecía llenar media habitación y los hombros de Carnehan la otra mitad. Carnehan continuó:

—El país no está ni medio desarrollado, porque los que lo gobiernan no dejan que se le meta mano. Pasan todo el santo día gobernándolo y no se puede levantar una pala, hacer polvo una piedra, buscar petróleo ni nada por el estilo sin que el Gobierno salte: «Deja eso tranquilo y déjanos gobernar». Por tanto, siendo ésta la situación, dejaremos el país en paz y nos marcharemos a algún otro lugar donde un hombre no se vea siempre importunado y pueda hacerse valer. No somos chavales y no hay nada que temamos, excepto la Bebida, y para eso hemos firmado el Contracto. Así pues, nos marchamos a otro sitio para ser reyes.

—Reyes por derecho propio —murmuró Dravot.

—Sí, por supuesto —respondí—. Han estado vagando bajo el sol, y esta es una noche muy calurosa, ¿no preferirían conceder unas horas de sueño a esa idea? Vuelvan mañana.

—No estamos borrachos ni tenemos una insolación —intervino Dravot—. Le hemos concedido a esta idea las horas de sueño de medio año. Necesitamos libros y atlas porque hemos decidido que sólo existe un lugar en el mundo en el que dos hombres fuertes pueden hacer un *Sar-a-whack*.[8] Lo llaman Kafiristán. Según mis cálculos, es la esquina superior derecha de Afganistán, a no más de quinientos kilómetros de Peshawar. Allí tienen treinta y dos ídolos paganos. Nosotros seremos el

treinta y tres. Es un país montañoso y las mujeres de aquellos lugares son muy bonitas.

—Pero eso está estrictamente prohibido por el Contracto —lo interrumpió Carnehan—. Ni Mujeres ni Alcohol, Daniel.

—Y eso es todo lo que sabemos, excepto que nadie ha ido hasta allí y que se pelean, y en cualquier lugar donde la gente se pelea, un hombre que sepa cómo entrenar soldados puede siempre ser rey. Tenemos que ir a esas regiones y decirle a cualquier rey que nos encontremos: «¿Quieres derrotar a tus enemigos?», y le enseñaremos cómo entrenar a los hombres, puesto que conocemos la preparación militar mejor que ninguna otra cosa. Luego derrocaremos a ese rey, nos haremos con el trono y estableceremos una dinastía.

—Acabarán hechos trizas antes de que hayan logrado avanzar cien kilómetros más allá de la frontera —repuse yo—. Tendrán que atravesar Afganistán para llegar a ese país. Afganistán es una concentración de montañas, picos y glaciares que ningún inglés ha logrado cruzar. Las gentes allí son completas bestias e, incluso si llegaran hasta ellos, nada podrían hacer.

—Mucho mejor así —dijo Carnehan—. Si pudiera usted considerarnos un tanto más locos, se lo agradeceríamos aún más. Hemos venido hasta usted para conocer cosas sobre este país, para leer un libro al respecto y para mirar los mapas. Queremos que nos diga que estamos chalados y que nos enseñe sus libros —pronunció girándose hacia la estantería.

—¿Hablan mínimamente en serio? —pregunté.

—Un poco —respondió Dravot amablemente—. Necesitamos un mapa tan grande como sea posible, incluso si está completamente en blanco en la zona de Kafiristán, y todos los libros que tenga. Sabemos leer, aunque no hayamos estudiado mucho.

Saqué de su funda el gigantesco mapa de la India, a una escala de veinte kilómetros por centímetro, y otros dos más pequeños de las zonas fronterizas, les entregué el tomo INF-KAN de la *Enciclopedia Británica* y los hombres se dispusieron a consultarlos.

—¡Mire aquí! —exclamó Dravot con el pulgar sobre el mapa—. Hasta Jagdalak, Peachey y yo sabemos el camino. Estuvimos allí con el ejército de Roberts.[9] Tendremos que girar a la derecha en Jagdalak a través del territorio de Laghman. Luego nos metemos en las montañas…, cuatro mil metros…, cuatro mil quinientos…, va a hacer un buen frío allí, pero no parece que esté demasiado lejos en el mapa.

Le entregué el texto de Wood sobre el nacimiento del Oxus.[10] Carnehan estaba sumido en la *Enciclopedia*.

—Son una gente bastante mezclada —dijo reflexivo Dravot—, pero de nada nos servirá saber los nombres de las tribus. Cuantas más tribus, más se pelearán, y mejor para nosotros. De Jagdalak a Alishang… ¡mmm!

—La información sobre el país es de lo más incompleta e inexacta —protesté yo —. Nadie sabe nada sobre esto en realidad. Aquí está el archivo del Instituto de Servicios de la Unión. Lean lo que dice Bellew.

—¡Que le den a Bellew! —exclamó Carnehan—. Dan, son un montón de bárbaros a más no poder, pero este libro dice que piensan que están emparentados con nosotros, con los ingleses.[11]

Yo fumaba mientras los hombres se volcaban sobre Raverty, Wood, los mapas y la *Enciclopedia*.

—No tiene sentido que nos siga esperando —pronunció educadamente Dravot—. Son ya sobre las cuatro. Si usted quiere irse a dormir, nosotros nos iremos antes de las seis y no le robaremos ninguno de los documentos. No siga ahí de pie. Somos dos lunáticos inofensivos y si mañana por la tarde se acerca al caravasar, podremos despedirnos de usted.



—Ustedes no son más que dos locos —exclamé—. Los harán dar media vuelta en la frontera o acabarán hechos pedazos en cuanto pongan pie en Afganistán. ¿Quieren dinero o alguna recomendación para las regiones del interior? Puedo ayudarlos a conseguir un trabajo la semana próxima.

—La próxima semana nosotros ya estaremos bien cargados de trabajo, gracias — respondió Dravot—. No es tan fácil ser rey como parece. Cuando tengamos nuestro reino en debido orden, se lo haremos saber y podrá usted venir y ayudarnos a gobernarlo.

—¿Harían dos lunáticos un contracto como este? —intervino Carnehan con un tenue orgullo y mostrándome media página de papel grasiento en la que estaba escrito lo siguiente (lo copié, en ese mismo momento, a modo de curiosidad):

> «Este Contracto entre tú y yo, testigos en el nombre de Dios…, amén y todo eso.
> »(Uno): Que tú y yo resolveremos esta cuestión juntos; esto es, ser reyes de Kafiristán.
> »(Dos): Que tú y yo, mientras no se resuelva esta cuestión, no pondremos ojo en gota alguna de Alcohol ni Mujer, sea negra, blanca o morena, para evitar mezclarnos de mala manera con lo uno o lo otro.
> »(Tres): Que ambos nos comportaremos con Dignidad y Discreción, y si uno de los dos tuviera problemas, el otro se quedará a su lado.
>
> »Firmado por tú y yo este día.
>
> Peachey Taliaferro Carnehan
> Daniel Dravot.
> Caballeros Independientes los Dos.

—No había necesidad del último artículo —dijo Carnehan sonrojándose con modestia—, pero parece lo habitual. Ahora ya sabe qué tipo de hombres son estos haraganes… Somos haraganes, Dan, lo somos hasta que salgamos de la India… Porque ¿cree usted que podríamos firmar un contracto como este si no fuera en serio? ¡Hemos dejado a un lado las dos cosas que hacen que merezca la pena vivir!

—No disfrutarán de sus vidas mucho más si tratan de llevar adelante esta estúpida aventura. No le prendan fuego a la oficina —les pedí— y márchense antes de las nueve.

Los dejé aún inclinados sobre los mapas y tomando notas en el reverso del «Contracto».

—Acuérdese de venir al caravasar mañana —fueron sus palabras de despedida.

El caravasar de Kumharsen es el gran pozo de humanidad de cuatro cuadras donde las caravanas de camellos y caballos del norte cargan y descargan. Allí pueden encontrarse todas las nacionalidades de Asia Central, así como la mayor parte de las gentes de la propia India. Balkh y Bujará se encuentran allí con Bengala y Bombay, dispuestas a sacarse los dientes regateando. Se pueden comprar ponis, turquesas, gatitos persas, alforjas, almizcle y ovejas de grandes cuartos traseros en el caravasar de Kumharsen, así como conseguir muchas cosas extrañas a cambio de nada. Por la tarde, me acerqué hasta allí para ver si mis amigos tenían intención de mantener su palabra o estarían borrachos, tirados por el suelo.

Un predicador vestido con pedazos de cintas y harapos se plantó ante mí con paso airado, sacudiendo con seriedad un molinete de papel. Tras él se encontraba su sirviente, inclinado bajo el peso de un cajón repleto de juguetes de barro. Estaban cargando dos camellos y los residentes del caravasar los observaban entre risas y alaridos.

—El tipo este está loco —me dijo un negociante de caballos—. Va a subir hasta

Kabul para venderle juguetes al emir. O bien lo colmarán de honores o acabará con la cabeza cortada. Ha llegado esta mañana y se lleva comportando como un tarado desde entonces.

—Los tontos están bajo la protección de Dios —tartamudeó un uzbeko de mejillas planas que sólo chapurreaba el hindi—. Pueden predecir el futuro.

—¡Pues ya podría haber predicho que mi caravana sería interceptada por los shinwari cuando casi estábamos a las puertas del Paso! —gruñó el agente yusufzai de una casa comercial de Rajputana cuya mercancía había sido desviada por medios ilegales hacia las manos de otros ladrones justo al otro lado de la frontera. La desgracia del agente alimentaba las burlas del bazar—. Eh, predicador, ¿de dónde viene y adónde va?

—De Rum he venido —gritó haciendo revolear su molinete—, de Rum, ¡impulsado por el aliento de cien demonios a lo largo del mar! ¡Ah, ladrones, asaltadores, embusteros, la bendición de Pir Khan sea sobre cerdos, perros y perjuros! ¿Quién llevará al Protegido de Dios al norte para vender al emir prodigios que nunca descansan? Los camellos no se irritarán, los hijos no caerán enfermos y las esposas permanecerán fieles mientras estén de viaje aquellos que me den un lugar en su caravana. ¿Quién me asistirá para azotar al rey de los *rus* con una zapatilla de oro con tacón de plata? ¡Pir Khan bendiga sus esfuerzos!

Se abrió los faldones de la gabardina y pirueteó entre las hileras de caballos amarrados.

—*Huzrut*,[12] en veinte días saldrá una caravana de Peshawar a Kabul —dijo el comerciante yusufzai—. Mis camellos irán en ella. Venga usted también y denos suerte.



—¡Me marcharé ahora mismo! —gritó el predicador—. ¡Partiré sobre mis camellos alados y estaré en Peshawar en un día! ¡Ja! Mir Khan —llamó a su sirviente —, *hazar*,[13] pon en marcha los camellos, pero déjame antes subir al mío.

Se encaramó a la espalda de su animal cuando éste se arrodilló y, girándose hacia mí, gritó:

—Venga usted también, *sahib*, avance un poco con nosotros y le venderé una maravilla: un amuleto que lo hará a usted rey de Kafiristán.

En ese momento, vi la luz y acompañé a los dos camellos más allá del caravasar hasta que alcanzamos camino abierto y el predicador se detuvo.

—¿Qué? ¿Le ha gustado? —pronunció en inglés—. Carnehan no puede hablar su jerga, así que lo he convertido en mi sirviente. Da la impresión de ser bastante bueno. No he estado dando vueltas catorce años por el país para nada. ¿No me ha quedado bien el discursito? Nos meteremos en una caravana en Peshawar hasta que lleguemos a Jagdalak y, después, veremos si podemos conseguir unos burros por nuestros camellos. De ahí, a Kafiristán. Molinetes de viento para el emir, ¡ay, Dios! Meta la mano bajo las alforjas de los camellos y dígame qué le parece al tacto.

Sentí la culata de un Martini, luego otra y otra más.

—Veinte —aclaró Dravot con toda tranquilidad—. Veinte rifles y munición suficiente bajo los molinetes y las muñecas de barro.

—¡Que el cielo les ayude si los sorprenden con este cargamento! —les advertí—. Un Martini vale su peso en plata entre los pastunes.

—Mil quinientas rupias de capital, todas las que pudimos rogar, pedir prestadas o robar, hemos invertido en estos dos camellos —dijo Dravot—. No nos cogerán. Vamos a través del Jáiber con una caravana normal. ¿Quién iba a tocar a un pobre cura loco?

—¿Tienen todo lo que necesitan? —pregunté superado por el asombro.

—Aún no, pero pronto lo tendremos. Entréguenos un recuerdo de su bondad, hermano. Usted me hizo un favor ayer y también aquella vez en Marwar. La mitad de mi reino será suyo, como dice el dicho.

Retiré una brújula de bolsillo de la cadena de mi reloj y se la entregué al predicador.

—Adiós —se despidió Dravot estrechándome la mano con cautela—. Será la última vez que saludemos a un ciudadano inglés en muchos días. Dale la mano, Carnehan —gritó cuando el segundo camello pasaba a mi lado.

Carnehan se inclinó y nos despedimos. Después, los camellos avanzaron por el polvoriento camino y yo quedé solo con mis reflexiones. A simple vista, no fui capaz de detectar fallo alguno en sus disfraces. La escena del caravasar mostraba que estaban completamente adaptados a la mentalidad local. Existía una posibilidad, por tanto, de que Carnehan y Dravot fueran capaces de deambular por Afganistán sin ser descubiertos. Ahora bien, más allá encontrarían la muerte: una muerte cierta y atroz.

Diez días más tarde, un amigo mío nativo, al narrarme las noticias del día en Peshawar, terminó su carta con: «Buenas risas nos hemos echado por aquí a propósito de un predicador loco que cuenta que va a vender baratijas y chucherías insignificantes, que dice que serán maravillas para Su Alteza el emir de Bujará. Llegó a Peshawar y se asoció a la segunda caravana estival que marcha hacia Kabul. Los comerciantes están contentos porque sus supersticiones establecen que tipos locos como este traen buena suerte».

Los dos, por tanto, se encontraban más allá de la frontera. Habría rezado por ellos, pero aquella noche murió un rey auténtico en Europa, lo que exigía una nota necrológica.

* * *

La rueda del mundo gira recorriendo las mismas fases una y otra vez. Pasó el verano y el invierno posteriormente, que de nuevo llegaron y se volvieron a marchar. El diario continuó publicándose y yo seguí trabajando en él, y en el tercer verano sufrí una noche calurosa, un cierre de la edición tardío y la tensa espera de algo que debían telegrafiar desde el otro extremo del mundo, exactamente igual que había sucedido con antelación. Varias personalidades habían muerto en los dos años anteriores, la maquinaria trabajaba con más estrépito y algunos de los árboles del jardín de la

oficina habían crecido un puñado de centímetros. Pero ésa era toda la diferencia.

Me dirigí a la sala de máquinas y asistí a una escena como la que ya se ha descrito. La tensión nerviosa era mayor de lo que había sido dos años antes y yo sentía el calor de forma más acuciante. A las tres de la madrugada, grité: «Impriman», y me di media vuelta para marcharme; sin embargo, en ese momento, reptó hasta mi silla lo que quedaba de un hombre. Estaba combado como formando un círculo, tenía la cabeza hundida entre los hombros y movía los pies uno sobre el otro como los osos. Apenas podía ver si caminaba o gateaba… Este quejumbroso lisiado envuelto en harapos me llamó por mi nombre y anunció que había regresado.

—¿Puede darme un trago? —gimió—. Por el amor de Dios, ¡deme un trago!

Regresé a la oficina y el hombre me siguió gruñendo de dolor. Encendí la lámpara.

—¿No me reconoce? —jadeó mientras se dejaba caer en una silla, donde giró su demacrado rostro, coronado por un mechón de cabello cano, hacia la luz.

Lo miré con atención. Había visto alguna vez unas cejas que se encontraban sobre la nariz formando una banda negra de dos centímetros de ancho, pero por más que lo intentara, no podía saber dónde.

—No lo conozco —le dije entregándole el *whisky*—. ¿Qué puedo hacer por usted?

Le dio un trago al alcohol seco y tiritó, a pesar del sofocante calor.

—He regresado —repitió—, y fui rey de Kafiristán… Dravot y yo…, ¡reyes con corona fuimos! En esta oficina lo decidimos… y usted se sentó allí y nos dio los libros. Soy Peachey…, Peachey Taliaferro Carnehan, y usted ha estado sentado aquí desde entonces… ¡Ay, Dios!

Yo estaba más que sorprendido y como tal me expresé.

—Es cierto —aseguró Carnehan con una carcajada seca, mientras se manoseaba los pies, que estaban envueltos en harapos—. Cierto como el Evangelio. Reyes fuimos, con coronas sobre la cabeza… Dravot y yo…, pobre Dan…, oh, pobre, pobre Dan, nunca aceptaba un consejo, ¡ni aunque se lo pidiera de rodillas!

—Bébase el *whisky* —le pedí— y tómese el tiempo que necesite. Cuénteme cuanto pueda recordar, todo, de principio a fin. Cruzaron la frontera en sus camellos, Dravot vestido como un predicador loco y usted como su sirviente. ¿Recuerda eso?

—No estoy loco… todavía, pero no tardaré mucho. Por supuesto que lo recuerdo. Siga mirándome o mis palabras podrían saltar en pedazos. Continúe mirándome a los ojos y no diga nada.

Me incliné hacia delante y lo miré a la cara con tanta fijación como fui capaz. Dejó caer una mano sobre la mesa y la tomé por la muñeca. Estaba retorcida como las garras de un ave y, en el dorso, mostraba una cicatriz roja e irregular con la forma de un diamante.

—No, no mire eso. Míreme a mí. ¡A mí! —pidió Carnehan—. Eso llegará más tarde, pero, por el amor de Dios, no me distraiga. Nos marchamos con la caravana,

Dravot y yo, haciendo todo tipo de payasadas para divertir a la gente con la que avanzábamos. Dravot solía hacernos reír cuando caía el sol y todos cocinaban su cena…, preparaban la cena y… ¿qué hacían para eso? Encendían pequeños fuegos con chispas que se lanzaban hacia la barba de Dravot y todos nos reíamos…, para morirnos de risa estábamos. Pequeños fuegos eran y se metían en la gran barba pelirroja de Dravot…, era tan divertido…

Sus ojos se alejaron de los míos y liberó una sonrisa estúpida.

—Fueron hasta Jagdalak con aquella caravana —me aventuré—, después de haber encendido esos fuegos. Hasta Jagdalak, donde giraron para intentar llegar a Kafiristán.

—No, no hicimos nada de eso. ¿De qué está hablando? Nos desviamos antes de Jagdalak, porque habíamos oído que los caminos eran buenos. Pero no eran lo suficientemente buenos para nuestros dos camellos… el de Dravot y el mío. Cuando dejamos la caravana, Dravot se quitó la ropa y me quitó la mía también; decía que nos convertiríamos en paganos, porque los kafires no permiten que los mahometanos les dirijan la palabra. Así que nos vestimos para no parecer ni lo uno ni lo otro. Nunca vi a alguien con el aspecto que tenía Daniel Dravot, ni espero volver a verlo. Se quemó la mitad de la barba, se colgó una piel de cordero del hombro y se afeitó la cabeza a trozos. Me afeitó a mí también y me hizo llevar unas ropas estrafalarias para parecer un pagano. Estábamos entonces en una región de lo más montañoso y nuestros camellos no podían seguir andando por las montañas. Eran altas y negras, y en el camino de regreso las vi pelear como cabras salvajes…, hay muchas cabras en Kafiristán. Y esas montañas nunca se quedan quietas, lo mismo que las cabras. Siempre están dando guerra y no te dejan dormir por la noche.

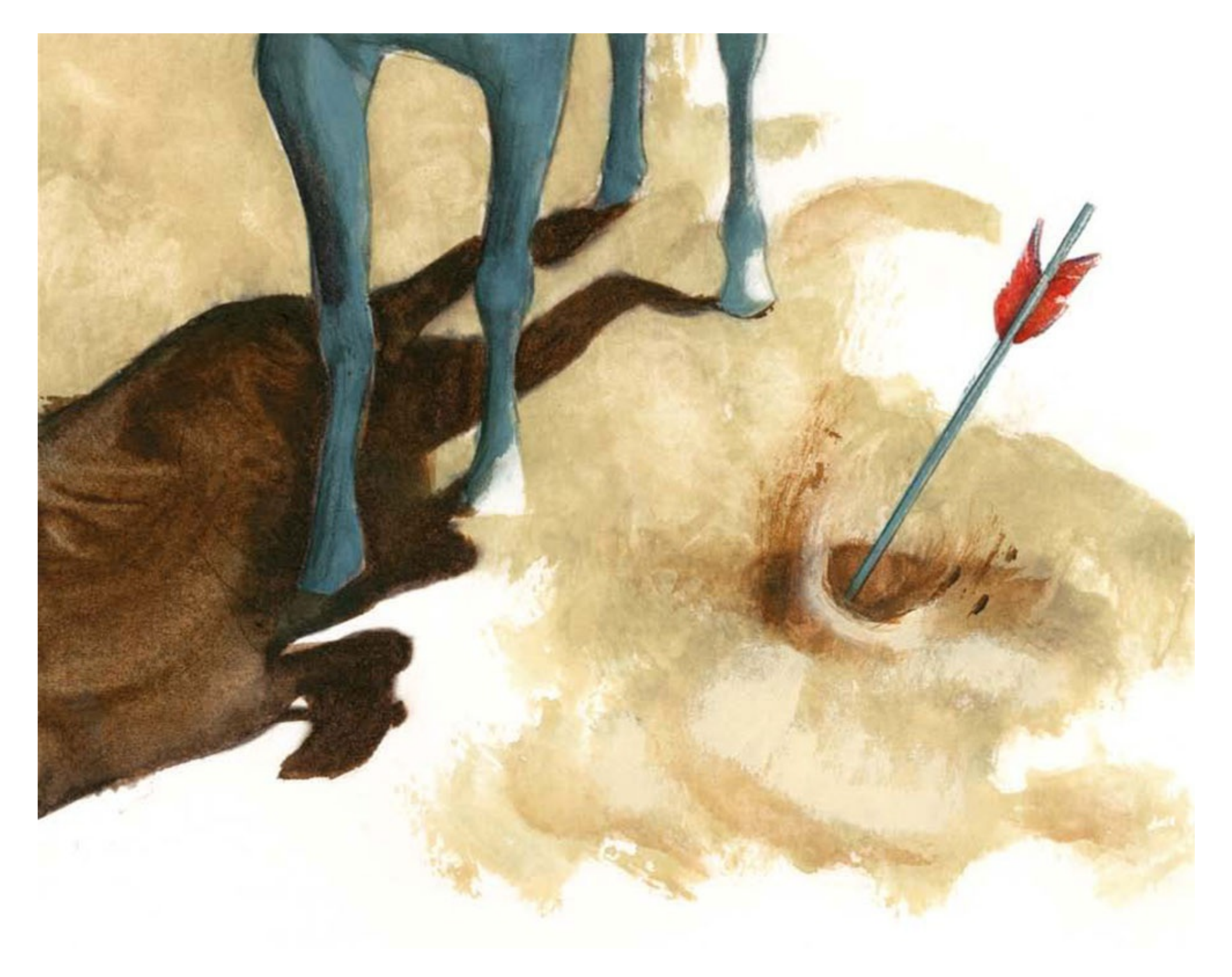


—Tome algo más de *whisky* —le indiqué muy lentamente—. ¿Qué hicieron Daniel Dravot y usted cuando los camellos ya no podían seguir avanzando por la dureza de los caminos que llevan a Kafiristán?

—¿Qué hizo quién? Había uno que se llamaba Peachey Taliaferro Carnehan y que iba con Dravot. ¿Quiere que le hable de él? Murió allí mismo, por el frío. Plaf, del puente cayó el bueno de Peachey, girando y retorciéndose en el aire como un molinete de viento de los que se pueden vender por un penique al emir… No, eran dos por penique y medio, aquellos molinetes, o quizá me equivoco, ya lo siento, de veras… Y luego estaban esos camellos, que no servían para nada, y Peachey le dijo a Dravot: «Por el amor de Dios, vámonos de aquí antes de que nos rebanen el cuello» y, con esas palabras, mataron a los camellos entre las montañas, puesto que no tenían nada que comer; aunque primero tomaron las cajas con las armas y la munición, hasta que llegaron dos hombres montados en cuatro mulas. Dravot se levanta y baila delante de ellos cantando: «Vendedme cuatro mulas». Y el primer hombre dice: «Si tenéis suficiente para comprar, tenéis suficiente para que os roben», pero antes de que pudiera echar mano al cuchillo, Dravot le rompe el cuello sobre su rodilla y el otro tipo se marcha corriendo. Así que Carnehan carga las mulas con los rifles que habían descargado de los camellos y juntos nos vamos hacia esas regiones montañosas frías de muerte y nunca con un camino más ancho que el dorso de una mano.

Se detuvo un momento, que yo aproveché para preguntarle si podía recordar las características de las zonas por las que viajaron.

—Se lo estoy contando tan claramente como puedo, lo que pasa es que mi cabeza quizá no anda muy bien. Me metieron clavos para hacerme oír mejor cómo moría Dravot. Aquella zona era montañosa y las mulas eran de lo más terco, los habitantes eran solitarios y dispersos. Subían y subían y bajaban y bajaban, y ese otro tipo, Carnehan, imploraba a Dravot que no cantara ni silbara tan alto, pues temía que provocara una de esas tremiendas avalanchas. Pero Dravot decía que si un rey no pudiera cantar, no merecería la pena ser rey, mientras aporreaba las mulas en la grupa. Jamás le hizo caso en diez días gélidos. Llegamos a un gran valle en altura, situado entre las montañas, y las mulas estaban casi muertas, así que las matamos, pues no teníamos nada especial que comer, ni ellas ni nosotros. Nos sentamos en las cajas y jugamos a pares o nones con los cartuchos usados.



»Entonces, diez hombres con arcos y flechas aparecieron corriendo valle abajo; iban a la caza de otros veinte hombres con arcos y flechas y el jaleo era *tremiendo*. Eran hombres blancos, más blancos que usted o que yo, con el pelo rubio y de constitución muy destacable. Dravot dice sacando las armas: “Este es el comienzo del negocio. Lucharemos junto a los diez hombres”, y con esas, dispara dos veces a los veinte hombres y hace caer a uno de ellos a doscientos metros de la roca en la que estaba sentado. Los otros hombres comenzaron a correr, pero Carnehan y Dravot se

sientan en las cajas y los alcanzan a todas las distancias, valle arriba y abajo. Después, vamos hasta los diez hombres, que se habían echado a correr hacia la nieve también, y ellos disparan una pequeña flecha que cae a nuestros pies. Dravot dispara sobre sus cabezas y se tiran todos de bruces al suelo. Luego, se acerca hasta ellos y les da una patada, pero después los levanta y les da la mano uno a uno para que estuvieran de buen ánimo. Los llama, les da las cajas para que las carguen y sacude la mano sin parar como si ya fuera rey. Ellos llevan las cajas y a él a lo largo del valle y colina arriba hasta un bosque de pinos en la cima, donde había media docena de grandes ídolos de piedra. Dravot se va hacia el más grande, un tipo que llaman Imbra, y deja un rifle y un cartucho a sus pies, se frota la nariz respetuosamente con la del ídolo, le da unas palmaditas en la cabeza y hace una reverencia. Se gira hacia los hombres, asiente con la cabeza y dice: “Está bien. Yo también conozco todo esto y estos viejos triquitracas son mis amigos”. Entonces, abre la boca y se la señala, y cuando el primer hombre le lleva comida, dice: “No”; y cuando el segundo hombre le lleva comida, dice: “No”; eso sí, cuando uno de los viejos sacerdotes y el jefe del poblado le llevan comida, dice: “Sí”, muy altanero, y come despacio. Así es como llegamos a nuestro primer pueblo, sin ningún problema, como si acabáramos de caer del cielo. Pero nos habíamos caído de uno de esos malditos puentes de cuerdas, ¿sabe?, y no se puede esperar que un hombre se ría mucho cuando le ha pasado algo como eso.

—Tome algo más de *whisky* y siga contándome —le dije—. Esa fue la primera aldea a la que llegaron. ¿Cómo lo hizo para ser rey?

—Yo no era rey —respondió Carnehan—. Dravot era el rey, y un hombre bien guapo parecía con la corona de oro en la cabeza y todo lo demás. Él y el otro se quedaron en ese pueblo, y cada mañana, Dravot se sentaba junto al viejo Imbra y la gente llegaba y lo veneraba. Eso fue por una orden que él dio. Luego, llegan muchos hombres al valle y Carnehan y Dravot los cazan con los rifles antes de que estos sepan dónde están, y corren valle abajo y después hacia arriba por el otro lado y encuentran otro pueblo, igual que el primero, y la gente se tira de bruces al suelo y Dravot dice: «A ver, ¿cuál es el problema entre los dos pueblos?», y la gente señala a una mujer, tan blanca como usted o como yo, a la que se habían llevado. Dravot la toma de vuelta al primer pueblo y cuenta los muertos: ocho había. Por cada hombre muerto, Dravot vierte un poco de leche en el suelo y empieza a revolear los brazos como un molinete. «Mucho mejor así», dice. Más tarde, Carnehan y él cogen al gran jefe de cada pueblo del brazo, los llevan valle abajo, les muestran cómo trazar una línea con una lanza en mitad del valle y les dan a cada uno de ellos un puñado de hierba de ambos lados de la línea. Luego, toda la gente baja y grita como el diablo y eso, y Dravot les dice: «Id y trabajad la tierra, sed fértiles y multiplicaos», que fue lo que hicieron, aunque no lo entendían. Luego, les preguntamos los nombres de las cosas en su jerga: pan y agua y fuego y los ídolos y esas cosas, y Dravot guía al sacerdote de cada poblado hasta el ídolo y dice que debe sentarse allí y juzgar a la

gente, pero que si algo va mal, le pegarán un tiro.

»La semana siguiente, estaban todos arando la tierra del valle tan calladitos como las abejas y todo es mucho más hermoso, y los sacerdotes escuchan todas las quejas y le cuentan a Dravot por gestos de lo que se trata.

»“Esto es sólo el principio —dice Dravot—. Piensan que somos dioses”.



»Carnehan y él cogen a veinte buenos hombres, les enseñan cómo disparar un rifle y forman grupos de cuatro que avanzan alineados, y ellos están muy contentos con esto y son listos y le cogen el tranquillo. Luego, Dravot saca su pipa y su petaca de tabaco, deja una en un pueblo y la otra en el otro y nos marchamos a ver qué se puede hacer en el siguiente valle. Éste era todo de piedra y había un pequeño poblacho allí, y Carnehan dice: “Mándalos al otro valle a cultivar”, y los lleva allí y les da algo de tierra que no había sido tomada antes. Eran una gente muy pobre y los cubrimos con la sangre de un niño antes de dejarlos entrar en el nuevo Reino. Eso fue para impresionar a la gente; después, se establecieron en calma y Carnehan regresó

con Dravot, que había ido a otro valle, todo lleno de hielo y nieve y con picos muy altos. No había gente allí y el ejército sintió miedo; así que Dravot fusila a uno de ellos y sigue avanzando hasta que encuentra alguna gente en un poblado, y el ejército les explica que, a no ser que prefieran morir, mejor que no disparen sus pequeñas armas de llave de mecha, pues tenían armas. Nos hacemos amigos del sacerdote y yo me quedo allí solo con dos del ejército para entrenar a los hombres, y un ruidoso gran jefe aparece entre la nieve con timbales y cuernos retumbando, porque ha oído que hay un nuevo dios suelto por la zona. Carnehan apunta al centro del grupo de hombres que avanzan entre la nieve a casi un kilómetro y tumba a uno de ellos. Luego, envía un mensaje al jefe: a menos que quiera morir, debe ir y saludarme tras haber dejado las armas atrás. El jefe viene primero solo y Carnehan le estrecha la mano y sacude los brazos a su alrededor, igual que solía hacer Dravot, y muy sorprendido quedó el jefe, que me acarició las cejas. Entonces Carnehan, solo, se va hacia el jefe y le pregunta con gestos si tiene algún enemigo al que odie. “Lo tengo”, dice el jefe. Así que Carnehan elige a los mejores de sus hombres, pone a los dos del ejército a entrenarlos y, dos semanas después, los hombres pueden maniobrar tan bien como voluntarios. Así que avanza con el jefe hasta una gran meseta en la cima de una montaña y los hombres del jefe se lanzan sobre un pueblo y lo toman, con nuestros tres Martinis disparando al enemigo. Así que tomamos ese pueblo también y yo le doy al jefe un jirón de mi abrigo y le digo: “Ocupad hasta que yo vuelva”, que era una cita bíblica. A modo de advertencia, cuando el ejército y yo estábamos a kilómetro y medio, disparé una bala que cayó cerca de él, que estaba de pie en la nieve, y toda la gente se tiró de bruces al suelo. Entonces, le envié una carta a Dravot, dondequiera que estuviera, tierra o mar.

Aun a riesgo de descarrilar el discurso de ese pobre hombre, lo interrumpí:

—¿Cómo pudo escribir una carta en aquel sitio tan lejano?

—¿La carta?… Oh… ¡La carta! Siga mirándome a los ojos, por favor. Era una carta de palabras anudadas, algo que aprendimos a hacer de un mendigo ciego en el Punyab.



Recuerdo que, en una ocasión, vino a la oficina un ciego con una ramita muy nudosa y un cordel que enrollaba en torno a la ramita según algún tipo de cifrado propio. Podía, pasadas horas o días, repetir la oración que había enrollado. Había reducido el alfabeto a once sonidos elementales; intentó enseñarme su método, pero yo era incapaz de entenderlo.

—Envié esa carta a Dravot —prosiguió Carnehan— y le dije que regresara, porque el Reino estaba creciendo demasiado para mis capacidades de gestión. Después, me dirigí al primer valle para ver cómo trabajaban los sacerdotes. Al pueblo que conquistamos junto al jefe lo llamaban Bashkai, mientras que el primero que tomamos era Er-Heb. Los sacerdotes de Er-Heb estaban funcionando bien, pero tenían muchos casos pendientes relativos a tierras que querían mostrarme; además, algunos hombres de otro pueblo habían disparado flechas durante la noche. Me dirigí hacia allí y busqué el pueblo, tras lo que disparé cuatro rondas de munición desde un kilómetro de distancia. Con eso gasté todos los cartuchos que podía disparar, así que esperé a Dravot, que había estado fuera dos o tres meses, y mientras, mantuve en calma a mi gente.



»Una mañana, oigo el estruendo de tambores y cuernos del propio demonio y Dan Dravot aparece marchando ladera abajo con su ejército y una comitiva de cientos de

hombres y, lo que era aún más sorprendente: una gran corona de oro en la cabeza.

»“Ostras, Carnehan —dice Daniel—, este es un negocio *tremiendo*, y tenemos todo el país a nuestros pies hasta donde merece la pena llegar. Yo soy el hijo de Alejandro y la reina Semíramis, y tú eres mi hermano menor. ¡Y eres dios también! Es lo más grande que hemos visto nunca. He avanzado luchando durante seis semanas con el ejército y todo poblacho pequeño en ochenta kilómetros se ha unido alegre; y más todavía, tengo la clave para el espectáculo al completo; ya verás, pero es que además ¡tengo una corona para ti! Les he dicho que hagan dos en un sitio que se llama Shu, donde el oro recubre la roca como el sebo al cordero. He visto oro, y por las montañas hay turquesas a patadas, y granates en las arenas del río, y mira, aquí tienes un pedazo de ámbar que me trajo un hombre. Llama a los sacerdotes y toma, ponte tu corona”.

»Uno de los hombres abre una bolsa de pelo negro y yo me pongo la corona. Era demasiado pequeña y pesada, aunque yo me la puse por el orgullo. Era oro batido, de dos kilos de peso, como el aro de un barrilete.

»“Peachey —dice Dravot—, no queremos luchar más. ¡La clave es la Logia, así que ayúdame!”, con lo que me acerca al mismo jefe que dejé en Bashkai y que, más tarde, llamamos Billy Fish, porque se parecía mucho a un tal Billy Fish que conducía la cisterna en Mach, en el paso de Bolán, en los viejos tiempos.

»“Dale la mano”, dice Dravot, y casi me caigo redondo cuando me saludó: Billy Fish me hizo el saludo masón. No dije nada, sino que probé con él el saludo del Compañero. Responde bien e intento el saludo del Maestro, aunque eso fue un error.

»“¡Es un Compañero! —le digo a Dan—. ¿Conoce la clave?”.

»“La sabe —contesta Dan—, y todos los sacerdotes también. ¡Es un milagro! Los jefes y los sacerdotes mantienen una logia de compañeros de forma muy parecida a la nuestra; han tallado los símbolos en las rocas, pero no conocen el Tercer Grado y han venido a encontrarse con nosotros. Ostras, es verdad, verdad de la buena. Supe hace años que los afganos conocían el Segundo Grado, pero esto es un milagro. Un dios y un Gran Maestro Masón soy; abriré una logia del Tercer Grado y ascenderemos a los sacerdotes principales y a los jefes de los pueblos”.

»“Va en contra de la norma —le advierto— mantener una logia sin autorización, y tú sabes que nosotros nunca hemos tenido ningún cargo en una logia”.

»“Es un golpe maestro —dice Dravot—. Significa gestionar el país de forma tan sencilla como una carreta de cuatro ruedas en una cuesta abajo. No podemos pararnos a pedir autorización ahora o se volverán contra nosotros. Tengo cuarenta jefes a mis pies y serán aprobados y ascendidos según sus méritos. Alojaremos a estos hombres en los pueblos y procuraremos sacar adelante una logia de algún tipo. El templo de Imbra servirá como salón de ceremonias. Las mujeres tienen que preparar mandiles tal y como tú les digas. Celebraré una recepción para los jefes esta noche. Y mañana, la logia”.

»A mí se me iban a salir las rodillas de su sitio, pero no era tan estúpido como

para no ver la buena posición en la que nos dejaba esto de la masonería. Enseñé a las familias de los sacerdotes a coser los mandiles de los distintos grados, pero en el de Dravot la orla azul y las distinciones estaban hechas de pedazos de turquesa sobre cuero, no de tela. Colocamos una gran piedra cuadrada en el templo, que ejercería de sillón del Maestro, y pequeñas piedras serían las sillas del resto de cargos; pintamos el suelo negro con cuadrados blancos e hicimos cuanto pudimos para que todo fuera normal.

»En la recepción que se celebró esa noche en la colina, con grandes hogueras, Dravot les contó que él y yo éramos dioses, hijos de Alejandro y Antiguos Grandes Maestros Masones, que habíamos llegado para convertir Kafiristán en un país donde todo el mundo pudiera comer en paz, beber con tranquilidad y, especialmente, obedecernos. Entonces los jefes pasaron uno por uno a estrechar nuestras manos, pero eran tan peludos, blancos y rubios, que era como saludar a viejos amigos. Les pusimos nombres según su parecido con hombres que habíamos conocido en la India: Billy Fish, Holly Dilworth, Pikky Kergan, que era comisionado del bazar cuando yo estaba en Mhow, y así sucesivamente.

»El milagro más sorprendente fue en una reunión de la Logia a la noche siguiente. Uno de los sacerdotes más viejos nos miraba fijamente y yo comencé a sentirme incómodo, puesto que era consciente de que tendríamos que falsear el ritual y no podía saber cuánto conocían aquellos hombres. El viejo sacerdote era un forastero que había llegado de más allá de Bashkai. En el mismo instante en que Dravot se pone el mandil de Maestro que las chicas le habían cosido, el sacerdote suelta un grito, un alarido, y trata de darle la vuelta a la piedra en la que estaba sentado Dravot.

»“Se acabó —dije yo—. ¡Esto pasa por meterse en cosas de la Logia sin autorización!”.

»Pero Dravot ni siquiera pestañeó, tampoco cuando diez sacerdotes tomaron y voltearon la silla del Gran Maestro, es decir, la piedra de Imbra. El sacerdote comienza a frotar la base para limpiarla de barro negro y poco después enseña al resto de sacerdotes la Marca del Maestro, la misma que estaba en el mandil de Dravot, tallada en la piedra. Ni siquiera los sacerdotes del templo de Imbra sabían que estaba allí. El anciano se tira de boca a los pies de Dravot y se los besa.

»“Otro golpe de suerte —sonríe Dravot dirigiéndose a mí—, dicen que es la marca desaparecida que nadie podía comprender. Ahora estamos más que seguros. —Entonces golpea con la culata de su arma a modo de mazo y dice—: ¡En virtud de la autoridad que me otorga mi propia mano derecha y gracias a la ayuda de Peachey, me declaro Gran Maestro de toda la francmasonería de Kafiristán, en esta Logia Madre del país, y rey de Kafiristán en igualdad con Peachey!”.

»Tras esto, se coloca su corona y yo hago lo mismo con la mía (yo actuaba de Primer Vigilante) y declaramos inaugurada la reunión del modo más ampuloso. ¡Fue un milagro increíble! Los sacerdotes se comportaban de acuerdo con los dos primeros grados casi sin mencionar palabra, como si la memoria les hubiera sido devuelta.

Después Peachey y Dravot ascendieron a quienes lo merecían: sacerdotes principales y jefes de las poblaciones más lejanas. Billy Fish fue el primero, y puedo asegurarle que a punto estuvimos de matarlo del susto. No lo hicimos en modo alguno siguiendo el ritual, pero nos valía para nuestro numerito. No ascendimos a más de diez de los hombres más importantes porque no queríamos que ese grado se convirtiera en algo vulgar. Aunque estaban todos deseando ser ascendidos.

»“En seis meses —dice Dravot—, celebraremos otro cónclave y veremos cómo están funcionando”.

»Luego les pregunta sobre sus poblados y le cuentan que están luchando unos contra otros y están bastante cansados de eso. Y cuando no están haciendo eso, pelean contra los musulmanes.

»“Podéis luchar contra esos cuando entren en nuestro país —les dice—. Colocad a uno de cada diez hombres de vuestra tribu como guarda de frontera y enviad a doscientos a este valle para que los entrenemos. Nadie recibirá un disparo ni perderá la vida de nuevo, siempre y cuando se comporte bien, y sé que no me traicionaréis porque sois gente blanca, hijos de Alejandro, y no como los vulgares y negros mahometanos. Sois mi pueblo, mío, y por Dios que —exclama volviendo al inglés al final—, ¡haré de vosotros una nación puñeteramente buena o moriré en el intento!”.

»No sabría decir todo lo que hicimos en los siguientes seis meses porque Dravot hizo muchas cosas que yo no podía entender y aprendió su jerga de una forma que yo nunca pude. Mi trabajo era ayudar a la gente a arar la tierra y, de cuando en cuando, salir con algunos de los del Ejército a ver qué estaban haciendo en los otros pueblos y hacerlos que tendieran puentes de cuerda en los desfiladeros que cortan el país por todos lados. Dravot era muy amable conmigo, pero cuando paseaba por el bosque de pinos, arriba y abajo, acariciándose la barba esa suya de un rojo sangriento con las dos manos, yo sabía que estaba haciendo planes sobre los que yo no podía aconsejarlo, y me limitaba a esperar sus órdenes.

»Eso sí, Dravot nunca se mostraba irrespetuoso conmigo delante del pueblo. Ellos me temían, a mí y al Ejército, pero amaban a Dan. Se comportaba como el mejor de los amigos con los sacerdotes y los jefes, cualquiera podía cruzar las colinas con una queja y Dravot lo escuchaba con calma y reunía a los sacerdotes y les decía lo que había que hacer. Solía convocar a Billy Fish, de Bashkai, a Pikky Kergan, de Shu, y a un viejo jefe al que llamábamos Kafuselum (algo así sonaba su nombre real) y celebraba consejos con ellos cuando había que montar alguna batalla en pequeños pueblos. Aquél era su Consejo de Guerra, mientras que los cuatro sacerdotes de Bashkai, Shu, Khawak y Madora eran su Consejo Privado. Entre todos decidieron enviarme, con cuarenta hombres y veinte rifles, así como sesenta hombres cargados de turquesas, hasta el país de Ghorband para comprar esos rifles hechos a mano que salen de los talleres del emir de Kabul. Se los compré a uno de los regimientos heratíes del emir, que habrían vendido hasta sus propios dientes a cambio de turquesas.

»Me quedé un mes en Ghorband, donde le entregué al gobernador lo más selecto de mis cestas para mantenerlo calladito, soborné un poco más al coronel del regimiento y, entre los dos y las gentes de las tribus, conseguimos más de cien Martinis caseros, un centenar de buenos jezailes de Kohat, capaces de disparar a quinientos metros, y cuarenta cargas de muy mala munición para los rifles. Regresé con lo obtenido y distribuí las armas entre los hombres que los jefes me enviaron para los entrenamientos. Dravot estaba demasiado ocupado para dedicarse a esas cosas, pero los veteranos del primer ejército que formamos me ayudaron y sacamos a quinientos hombres capaces de realizar una buena instrucción y doscientos que sabían cómo sostener un arma bastante recta. Incluso esas armas como en tirabuzón, hechas a mano, eran un milagro para ellos. Cuando el invierno comenzaba a aproximarse, Dravot discurseaba sobre talleres de munición y fábricas, mientras paseaba arriba y abajo por el bosque de pinos.



»“No crearé una nación —decía—. ¡Levantaré un imperio! Estos hombres no son negros de pacotilla, ¡son ingleses! Mira sus ojos…, mira sus bocas. Mira su constitución. Utilizan sillas en sus propias casas. Son como las Tribus Perdidas o algo así, y se han desarrollado para convertirse en ingleses. Haré un censo en la primavera si los sacerdotes no se asustan. Debe de haber cerca de dos millones en estas colinas. Los pueblos están llenos de niños pequeños. Dos millones de personas, doscientos cincuenta mil soldados ¡y todos ingleses! Sólo quieren los rifles y un poco de

entrenamiento. ¡Doscientos cincuenta mil hombres listos para cortar el flanco derecho de Rusia cuando intente entrar en la India! Peachey, amigo —decía mordisqueándose grandes mechones de barba—, seremos emperadores… ¡Emperadores de la Tierra! El rajá Brooke será un mindundi a nuestro lado. Departiré con el virrey de igual a igual. Le pediré que me envíe a doce ingleses selectos…, doce que yo conozco… para que nos ayuden un poco a gobernar. Está Mackray, sargento en la reserva en Segowli…, muchas cenas me ha dado, y su mujer un par de pantalones. Está Donkin, el alguacil de la prisión de Tounghoo; hay centenares de los que podría echar mano si estuviera en la India. El virrey tendrá que hacerlo por mí. Mandaré a un hombre en primavera para traer a esos hombres y escribiré a la Gran Logia para pedir una dispensa por lo que he hecho como Gran Maestro. Eso… y todos los Sniders que serán desechados cuando las tropas nativas de la India cambien a los Martinis. Estarán gastados, pero serán suficientes para luchar en estas montañas. Doce ingleses, cien mil Sniders que atravesarán las tierras del emir por adarmes…, me contentaría con veinte mil en un año…, y seremos un imperio. Cuando todo esté en su sitio, entregaré la corona, esta corona que llevo ahora mismo, a la reina Victoria, de rodillas, y ella dirá: ‘Incorpórese, *sir* Daniel Dravot’. Oh, ¡es magnífico! ¡Magnífico! ¡Ya lo verás! Eso sí, todavía hay mucho que hacer en todas partes: en Bashkai, en Khawak, en Shu y en el resto de sitios”.

»“¿Qué es lo que hay que hacer? —pregunto—. Ya no vendrán más hombres para ser entrenados este otoño. Mira esas nubes gordas y negras. Traen la nieve”.

»“No es eso —dice Daniel poniendo su mano con mucha fuerza sobre mi hombro —, y no quiero decir nada en tu contra, porque no hay otro hombre vivo que me hubiera seguido y me hubiera convertido en lo que soy como tú lo has hecho. Eres un comandante en jefe de primera clase, y la gente te conoce, lo que pasa es que… este es un país grande, y en cierto modo tú no me puedes ayudar, Peachey, de la forma en la que necesito ayuda”.

»“¡Vete con tus puñeteros curas, entonces!”, respondí, y me arrepentí en cuanto hice ese comentario, pero me hirió mucho ver a Daniel hablando con tanta superioridad cuando yo había entrenado a todos los hombres y había hecho cuanto me había pedido.

»“No discutamos, Peachey —dice Daniel sin palabras malsonantes—, tú eres rey también y la mitad de este reino es tuya…, ¿es que no lo ves, Peachey?, necesitamos hombres más inteligentes que nosotros ahora… tres o cuatro de ellos que podamos tener por ahí como asistentes. Este es un estado gigantesco e importante, y yo no siempre puedo tomar la mejor decisión, tampoco tengo tiempo para todo lo que quiero hacer, y el invierno llega y todo eso”.

»Se metió media barba en la boca y era roja como el oro de su corona.

»“Lo siento, Daniel. He hecho todo cuanto he podido. He entrenado a los hombres, le he enseñado a la gente cómo almacenar el cereal mejor y he traído esos rifles de hojalata desde Ghorband…, pero ya sé a lo que quieres llegar. Entiendo que

los reyes siempre sienten esta forma de presión”.

»“Hay algo más —anuncia Dravot sin dejar de pasear de un lado a otro—. El invierno va a llegar y esta gente no dará grandes problemas, y si lo hacen, no podremos desplazarnos. Quiero una esposa”.

»“¡Me cago en diez, deja a las mujeres en paz! —le suelto—. Vale, yo soy un imbécil, pero ya tenemos tanto trabajo como podemos hacer. Recuerda el Contracto y mantente alejado de las mujeres”.

»“El Contracto sólo tenía validez hasta que llegara el momento en que fuéramos reyes, y reyes hemos sido estos últimos meses —dice Dravot sopesando su corona en la mano—. Tú también tienes que conseguirte una esposa, Peachey… una buena chica, regordeta y fuerte, que te mantenga caliente en invierno. Son más guapas que las inglesas y podemos coger a las mejores. Hiérvelas una o dos veces en agua caliente y saldrán tan blancas como el pollo o el jamón”.

»“¡No me tientes! —respondo—. No tendré nada que ver con una mujer hasta que estemos mucho mejor posicionados que ahora. He estado haciendo el trabajo de dos hombres y tú has estado haciendo el trabajo de tres. Vamos a descansar un poco y a ver si podemos conseguir un tabaco mejor de Afganistán y hacernos con un poco de alcohol también; pero nada de mujeres”.

»“¿Mujeres? ¿Quién está hablando de mujeres? ¡Yo he dicho *esposa*!…, una reina que conciba un hijo real para el rey. Una reina de la tribu más fuerte, que los convierta en tus hermanos de sangre y que esté a tu lado y te cuente todo lo que piensa la gente de ti y de sus propios asuntos. Eso es lo que yo quiero”.

»“¿Recuerdas a esa mujer bengalí que yo tenía en el caravasar de Mogul cuando trabajaba en el mantenimiento del ferrocarril? —digo yo—. De lo mejor era ella para mí. Me enseñó la jerga y una o dos cosas más, y ¿qué pasó? Se largó con el sirviente del jefe de estación y la mitad de mi sueldo mensual. Luego se plantó en la intersección de Dador con un mestizo y tuvo la insolencia de decir que yo era su marido… en mitad de los talleres, ¡entre todos los maquinistas!”.

»“Eso ya quedó atrás. Estas mujeres son más blancas que tú y que yo. Tendré una reina para los meses de invierno”.

»“Por última vez te lo pido, Dan, ¡no lo hagas! Sólo nos traerá problemas. La Biblia dice que los reyes no deben perder sus fuerzas con las mujeres, especialmente cuando tienen un nuevo reino virgen en el que trabajar”.

»“Por última vez, te lo digo: Lo haré”, concluye Dravot, que se marchó entre los pinos con el aspecto de un demonio rojo gigante. El sol del atardecer iluminaba su corona y su barba en un lateral y las dos relucían como carbón al rojo vivo.

»Aunque, claro, conseguir una esposa no era tan fácil como Dan pensaba. Lo planteó ante el Consejo y no hubo respuesta alguna hasta que Billy Fish comentó que sería mejor hablarlo con las chicas. Dravot los maldijo con todas sus fuerzas.

»“¿Cuál es el problema conmigo? —grita de pie junto al ídolo de Imbra—. ¿Es que soy un perro? ¿O es que no soy hombre suficiente para vuestras fulanas? ¿Acaso

no he dado sombra con mi mano a este país? ¿Quién detuvo la última incursión de los afganos? —En realidad, aquello lo había hecho yo, pero Dravot estaba demasiado iracundo como para recordarlo—. ¿Quién os compró las armas? ¿Quién reparó los puentes? ¿Quién es el Gran Maestro del símbolo tallado en la piedra?”.



»Colocó su mano sobre la roca que utilizaba para sentarse en la Logia y en el Consejo, que se inauguraba siempre igual que la Logia. Billy Fish no dijo nada y

tampoco lo hicieron los demás.

»“Cálmate, Dan —le pido—, y pregúntale a las chicas. Así es como se hace también en nuestro país, y estos hombres son bastante ingleses”.

»“El matrimonio de un rey es una cuestión de Estado”, suelta Dan, completamente enrabietado, puesto que era consciente, espero, de que estaba actuando en contra de sus propios razonamientos. Salió del salón del Consejo y los otros se quedaron inmóviles, con la vista fija en el suelo.

»“Billy Fish, ¿cuál es el problema? —le pregunto al jefe de Bashkai—. Dale una respuesta directa a un amigo de verdad”.

»“Ya sabes… —responde Billy Fish—. ¿Quién te puede decir a ti, que lo sabes todo? ¿Cómo pueden las hijas de los hombres casarse con dioses o demonios? No está bien”.

»Recordé algo parecido que dice la Biblia, pero si, tras habernos visto todo aquel tiempo, todavía creían que éramos dioses, no sería yo quien los decepcionara.

»“Un dios puede hacerlo todo —digo—. Si el rey quiere a una chica, no la dejará morir”.

»“Ella tendrá que morir —contestó Billy Fish—. Hay todo tipo de dioses y demonios en estas montañas y cada cierto tiempo una chica se casa con uno de ellos y no se la vuelve a ver. Además, vosotros conocéis la marca tallada en la piedra. Sólo los dioses saben eso. Pensábamos que sólo erais hombres hasta que nos mostrasteis la marca del Maestro”.

»Deseé haberles explicado todo sobre los secretos de los Maestros Masones en la primera oportunidad que tuve, pero no dije nada. Toda aquella noche se oyó el sonido de los cuernos en un pequeño templo oscuro ubicado en mitad de la ladera, desde donde percibí el llanto de una chica dispuesta a morir. Uno de los sacerdotes me contó que la estaban preparando para desposarse con el rey.

»“No permitiré un sinsentido como este —dice Dan.

No quiero interferir con vuestras costumbres, eso sí, a mi mujer la elijo yo”.

»“La chica está un poco asustada —responde el sacerdote—. Piensa que va a morir y la están amansando en el templo”.

»“Pues amansadla hasta dejarla bien tierna —dice Dravot— o seré yo el que os amanse con la culata de un fusil hasta que no queráis ser amansados nunca más”. Se lamió los labios, Dan, y se quedó paseando durante más de media noche, mientras pensaba en la esposa que tendría por la mañana. Yo no estaba cómodo en absoluto, puesto que sabía que tratar con una mujer en sitios extranjeros, aunque uno sea un rey veinte veces coronado, no puede ser más que un riesgo. Me levanté muy temprano aquella mañana, Dravot todavía dormía, y vi a los sacerdotes charlar en susurros, algo que también hacían entre sí los jefes, que me miraban de reojo.

»“¿Qué se traen entre manos, Fish?”, le digo al hombre de Bashkai, que estaba envuelto en sus pieles y tenía un aspecto grandioso.

»“No sabría decir —me contesta—, pero si pudieras convencer al rey de que deje

todo este sinsentido sobre el matrimonio, estarás haciéndole un gran favor, y también a ti y a mí”.

»“No lo dudo —reconozco—. Pero seguro que sabes, Billy, tan bien como yo, tras haber luchado contra nosotros y en nuestro favor, que el rey y yo no somos más que dos de los hombres más excelentes que Dios Todopoderoso nunca hizo. Nada más, te lo garantizo”.

»“Puede ser —asiente Billy Fish—, aunque lamentaría mucho que así fuera. —Esconde la cabeza en su gran abrigo de pieles un minuto para reflexionar—. Rey —termina por decir—, seas hombre, dios o demonio, estaré a tu lado hoy. Tengo veinte de mis hombres conmigo y me seguirán. Nos marcharemos a Bashkai hasta que la tormenta cese”.

»Había caído un poco de nieve aquella noche y todo estaba blanco, excepto las nubes grasientas y gordas que llegaban sin descanso desde el norte. Dravot apareció con su corona en la cabeza, moviendo los brazos y dando zapatazos. Parecía más satisfecho que Punch.[14]

»“Por última vez, Dan, déjalo —digo en un susurro—. Billy Fish está aquí y dice que habrá gresca”.

»“¡¿Entre mi pueblo?! —exclama Dravot—. Nada de eso. Peachey, eres un estúpido por no conseguirte también una mujer. ¿Dónde está la chica? —brama con una voz como el rebuzno de un asno—. Convoca a los jefes y a los sacerdotes, y permitid que el emperador vea si su esposa le conviene”.

»No había necesidad de convocar a nadie. Estaban todos apoyados en sus fusiles y lanzas en torno al claro que ocupaba el corazón del bosque de pinos. Una delegación de sacerdotes descendió hasta el pequeño templo para traer a la chica y los cuernos resonaron con una potencia capaz de despertar a los muertos. Billy Fish da unos pasos y se coloca tan cerca de Daniel como le es posible, y detrás de él se sitúan sus veinte hombres con fusiles de llave de mecha. Ni uno de ellos medía menos de metro ochenta. Yo estaba junto a Dravot y detrás de mí tenía a veinte hombres del Ejército profesional. Llega la chica, y una buena moza es, cubierta en plata y turquesas, pero blanca como un muerto y sin parar de mirar a su espalda, hacia los sacerdotes, a cada momento.

»“Esta servirá —dijo Dan mirándola—. ¿Qué es lo que te da tanto miedo, pequeña? Ven y dame un beso”.

»Le pasa un brazo sobre los hombros. Ella cierra los ojos, suelta un chillido y mete la cabeza en un lateral de la brillante barba pelirroja de Dan.

»“¡La muy perra me ha mordido!”, grita Daniel llevándose una mano al cuello, y sí, la mano apareció roja de sangre. Billy Fish y dos de sus hombres armados toman a Dan de los hombros y lo colocan entre el pelotón de Bashkai, mientras los sacerdotes aúllan en su jerga:

»“Ni dios ni demonio, ¡un hombre!”.

»Yo estaba anonadado: un sacerdote se me colocó delante y el ejército comenzó a

disparar contra los hombres de Bashkai.

»“¡Dios Santo! —dice Dan—. ¿Qué significa esto?”.

»“¡Venid aquí! ¡Escapad con nosotros! —grita Billy Fish—. Un desastre, la rebelión, eso es lo que pasa. Marcharemos hacia Bashkai si podemos”.

»Yo intentaba darle algún tipo de orden a mis hombres —los hombres del Ejército profesional—, pero no servía de nada, así que disparé al pelotón con un Martini inglés y tumbé a tres pordioseros de una vez. El valle estaba plagado de criaturas que chillaban, aullaban, todos se desgañitaban: “Ni dios ni demonio, ¡sólo un hombre!”. Las tropas de Bashkai se quedaron con Billy Fish y lucharon con cuanto tenían, pero sus fusiles de llave de mecha no valían ni la mitad que las armas de Kabul. Cuatro de ellos cayeron. Dan bramaba como un toro, estaba iracundo, y Billy Fish lo tuvo difícil para evitar que se lanzara contra la multitud.

»“No podemos resistir —dice Billy Fish—. ¡Corred valle abajo! Todos están en nuestra contra”.

»Los hombres de Bashkai echaron a correr y todos nos lanzamos hacia el valle a pesar de las protestas de Dravot, que maldecía sin descanso y gritaba que él era el rey. Los sacerdotes hacían rodar grandes piedras hacia nosotros y el ejército disparaba sin parar. No llegaron más de seis hombres, sin contar a Dan, Billy Fish y yo, vivos al extremo del valle.

»Dejaron luego de disparar y los cuernos del templo comenzaron de nuevo a resonar.

»“Alejaos…, ¡por Dios, alejaos! —dice Billy Fish—. Enviarán mensajeros a todos los pueblos antes de que siquiera lleguemos a Bashkai. Allí os puedo proteger, pero no puedo hacer nada ahora”.



»Mi sensación es que Dan comenzó a perder la cabeza en ese momento. Miraba de un lado a otro como un cerdo herido. De pronto, parecía decidido a regresar solo y matar a los sacerdotes con sus propias manos, algo que habría sido capaz de hacer.

»“Emperador soy —dice Daniel— y el próximo año seré armado caballero por la reina”.

»“Muy bien, Dan —concedo yo—, pero vente con nosotros ahora que aún tenemos tiempo”.

»“Es tu culpa —me suelta— por no haber vigilado mejor a tu ejército. Había una rebelión en marcha y tú ni lo sabías…, ¡maldito conductor de trenes, jefe de mantenimiento, perro de presa de misioneros de montaña!”.

»Se sentó en una roca y me espetó todo insulto que fue capaz de recordar. Yo estaba demasiado entristecido como para que me importara, si bien fue su estupidez la que provocó el estallido.

»“Lo siento, Dan —digo yo—, es que no hay forma de controlar a los nativos. Esto es nuestro 57.[15] Quizá todavía logremos sacar algo de todo esto cuando lleguemos a Bashkai”.

»“Pues vayamos a Bashkai —suelta Dan—, y ¡por Dios, que cuando regrese barreré el valle hasta que no quede ni un piojo en las mantas!”.

»Caminamos durante todo aquel día, y llegada la noche Dan daba vueltas sin parar entre la nieve mientras se mordisqueaba la barba y murmuraba para sí.

»“No hay forma de salir de esta —dijo Billy Fish—. Los sacerdotes habrán

enviado mensajeros a todos los pueblos para que les digan que no sois más que hombres. ¿Por qué no os comportasteis como dioses hasta que la situación estuviera más tranquila? Soy hombre muerto”, se lamentó, tras lo que se arrojó a la nieve y comenzó a rezar a sus dioses.

»Al día siguiente, amanecimos en un país cruel y terrible: una pendiente detrás de otra, ni un espacio llano. Y nada de comida tampoco. Los seis hombres de Bashkai miraron a Billy Fish con cara de hambrientos, como si quisieran preguntar algo, pero no pronunciaron palabra. A mediodía llegamos a la cima de una meseta, toda cubierta de nieve, y cuando alcanzamos la cumbre, ahí estaba: ¡un ejército en posición nos aguardaba!

»“Los mensajeros han sido muy rápidos —dice Billy Fish con algo parecido a una carcajada—. Nos están esperando”.

»Tres o cuatro hombres comenzaron a disparar desde las filas enemigas y una bala perdida alcanzó a Daniel en la pantorrilla. Eso le devolvió la cordura. Mira más allá de la nieve, al ejército, y ve los rifles que nosotros habíamos llevado hasta allí.

»“Estamos acabados —dice—. Son ingleses, esta gente… y ha sido mi puñetero sinsentido el que os ha traído hasta aquí. Márchate, Billy Fish, y llévate a tus hombres; has hecho lo que has podido, déjalo ya. Carnehan —prosigue—, dame la mano y márchate con Billy. Quizá no te maten. Yo iré y me enfrentaré a ellos solo. Soy yo el que provocó esto. Yo, ¡el rey!”.

»“¡¿Marcharme?! ¡Vete al infierno, Dan! Estoy en esto contigo. Billy Fish, desaparece tú, nosotros dos haremos frente a esta gente”.

»“Soy jefe —dice Billy Fish, bastante tranquilo—. Me quedaré con vosotros. Mis hombres pueden marcharse”.

»Los tipos de Bashkai no esperaron más debates, salieron corriendo. Dan, Billy Fish y yo caminamos hacia donde los tambores retumbaban y resonaban los cuernos. Hacía frío, un frío terrible. Tengo todavía ese frío clavado en la nuca. Se ha quedado un pedazo de él ahí.

Los culis que accionaban los ventiladores se habían marchado a dormir. Las lámparas de petróleo brillaban en la oficina y el sudor me recorría el rostro y se estrellaba contra el papel secante cuando me incorporaba. Carnehan estaba temblando y temí que perdiera la cabeza. Me sequé la frente, tomé sus manos, frías y penosamente mutiladas, y pregunté:

—¿Qué sucedió después de eso?

El momentáneo movimiento de mis ojos había detenido el flujo de palabras.

—¿Qué fue lo que dijo? —gimió Carnehan—. Se los llevaron sin el más mínimo ruido. Ni un susurro al avanzar en la nieve, ni siquiera cuando el rey tumbó al primer hombre que se le echó encima…, ni siquiera cuando el bueno de Peachey disparó su último cartucho al centro de la formación. Ni un solo sonido hicieron esos canallas. Sólo cerraron el cerco, lo estrecharon, y le puedo decir que las pieles que llevaban apestaban. Había un hombre llamado Bill Fish, un buen amigo nuestro, y le cortaron

el cuello, caballero, en ese mismo momento, como a un cerdo; y el Rey da una patada a la nieve ensangrentada y dice:

»“Hasta aquí nos ha llevado lo invertido. ¿Ahora qué?”.



»Pero Peachey, Peachey Taliaferro, se lo digo, caballero, con la confianza de estar entre amigos, perdió la cabeza. No, tampoco fue eso. El rey perdió la cabeza, eso fue lo que pasó, en uno de esos ingeniosos puentes de cuerdas. Déjeme esa guillotina de papel, caballero. Así de inclinado estaba. Lo hicieron desfilar más de un kilómetro por la nieve hasta un puente de cuerdas sobre un desfiladero con un río al fondo. Quizá usted haya visto algo así. Lo empujaban por la espalda como si fuera una bestia.

»“¡Malditos sean vuestros ojos! —exclama el rey—. ¿Os creéis que no puedo morir como un caballero? —Se gira hacia Peachey… Peachey, que lloraba como un niño—. Yo te he traído hasta aquí, Peachey. Te he sacado de tu vida feliz para morir en Kafiristán, donde fuiste el último comandante en jefe del Ejército del emperador. Di que me perdonas, Peachey”.

»“Te perdono —responde Peachey—. Te perdono completamente, sin ninguna duda te perdono, Dan”.

»“Dame la mano, Peachey. Me marcho ya”. —Y comienza a andar, sin mirar a derecha ni a izquierda, y cuando está en el mismo centro de esas oscilantes cuerdas de vértigo, grita—: “¡Cortad, pordioseros!”.

»Y cortan y el viejo Dan cae, dando una vuelta detrás de otra, treinta mil kilómetros, puesto que necesitó media hora para caer al agua, y pude ver su cuerpo contra una roca con la corona de oro a su lado.

»Pero ¿sabe lo que le hicieron a Peachey entre dos pinos? Lo crucificaron, señor, como le mostrarán las manos de Peachey. Utilizaron estacas de madera para las manos y los pies; y no se murió. Estuvo allí colgado, gritando, y lo bajaron al día siguiente y dijeron que era un milagro que no estuviera muerto. Lo bajaron… al pobre de Peachey, que no les había hecho ningún daño…, que no les había hecho ningún…

Carnehan se mecía adelante y atrás y sollozaba con amargura, secándose al mismo tiempo los ojos con el dorso de las manos llenas de cicatrices. Gimió como un niño unos diez minutos.

—Fueron lo suficientemente crueles como para alimentarlo en el templo, porque decían que era más dios que el pobre de Daniel, que era un hombre. Luego lo soltaron en la nieve y le ordenaron que se marchara a casa, y Peachey llegó a casa casi un año después, mendigando por los caminos con bastante calma, gracias a que Daniel Dravot avanzaba delante y decía: «Vamos, Peachey. Es muy grande esto que estamos haciendo». Las montañas bailoteaban por la noche y trataron de caer sobre la cabeza de Peachey, pero Dan extendió una mano y Peachey siguió avanzando encorvado. Nunca soltó la mano de Dan ni perdió su cabeza. Se la dieron a modo de regalo en el templo, para recordarle que no regresara nunca, y aunque la corona era de oro puro y Peachey se moría de hambre, nunca fue Peachey capaz de venderla. ¡Usted conoció a Dravot, caballero! ¡Usted conoció al Recto y Excelentísimo Hermano Dravot! ¡Mírelo ahora!



Manoseó el amasijo de harapos que le cubría la torcida cintura, sacó una bolsa de crin de caballo bordada con hilo de plata, la sacudió sobre mi mesa y… ¡apareció la cabeza seca y aplastada de Daniel Dravot! El sol del amanecer, que llevaba tiempo haciendo palidecer los quinqués, iluminó la barba pelirroja y los ojos hundidos y ciegos, y cayó también sobre una pesada circunferencia de oro salpicada de turquesas sin tallar, la cual Carnehan colocó con ternura en las magulladas sienes.

—Aquí lo tiene —dijo Carnehan—: el emperador con el hábito que portaba en vida…, el rey de Kafiristán con la corona en la cabeza. ¡Pobre Daniel, que un día fue monarca!

Un temblor me sacudió, pues, a pesar de las múltiples heridas, reconocí la cabeza del hombre de la intersección de Marwar. Carnehan se levantó para marcharse. Traté de detenerlo. No estaba en condiciones de salir a la calle.

—Déjeme llevarme el *whisky* y deme algo de dinero —jadeó—. Fui rey una vez. Buscaré al subcomisario y le pediré que me aloje en el asilo hasta que recupere la salud. No, gracias, no puedo esperar a que me busque un carro. Tengo asuntos privados y urgentes… en el sur…, en Marwar.

Salió dando tumbos de la oficina y se marchó en dirección a la vivienda del subcomisario. Ese día, a mediodía, tuve ocasión de bajar al mercado, con un calor cegador, y vi a un hombre encorvado que se arrastraba por el polvo blanco de la cuneta, con un sombrero en la mano, y que cantaba con voz trémula, al modo de los músicos callejeros de Inglaterra. No se veía ni un alma y estaba a demasiada distancia como para que nadie que estuviera en casa pudiera oírlo. Cantaba con voz nasal, girando la cabeza de derecha a izquierda:

El Hijo del Hombre marcha a la guerra
con una corona de oro que ganar;
su bandera, roja de sangre, a lo lejos ondea:
¿Quién sigue su caminar?[16]

No esperé a oír más, metí al pobre despojo en mi carruaje y lo llevé a la misión más cercana para un posterior traslado al asilo. Repitió el himno dos veces mientras estuvo conmigo, si bien no me reconoció, y lo dejé cantándoselo al misionero.

Dos días más tarde, pregunté por su estado al superintendente del asilo.

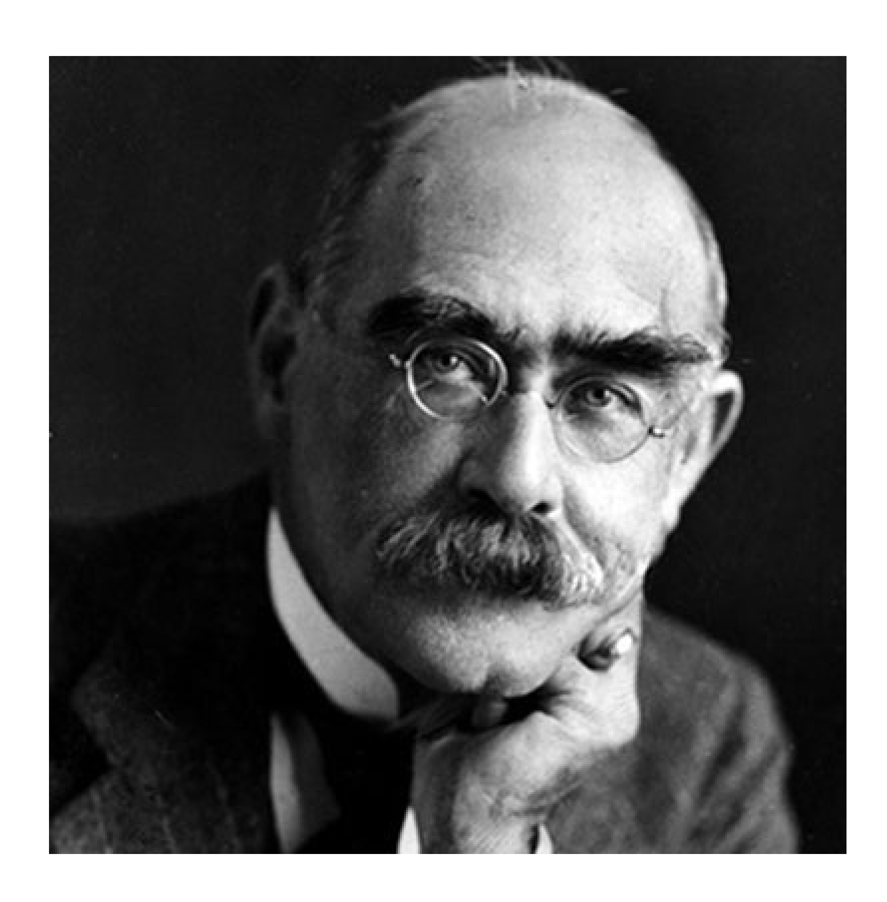
—Cuando llegó, sufría una insolación. Murió ayer, muy temprano —dijo el superintendente—. ¿Es cierto que estuvo media hora sin sombrero bajo el sol de mediodía?

—Sí, pero ¿no sabrá usted por casualidad si llevaba algo consigo cuando murió?

—No, que yo sepa.

Y ahí quedó todo.





JOSEPH RUDYARD KIPLING (Bombay, India Británica, 30 de diciembre de 1865 - Londres, Inglaterra, 18 de enero de 1936) fue un escritor y poeta británico. Autor de relatos, cuentos infantiles, novelas y poesía. Se le recuerda por sus relatos y poemas sobre los soldados británicos en la India y la defensa del imperialismo occidental, así como por sus cuentos infantiles.

Algunas de sus obras más populares son la colección de relatos *The Jungle Book* (*El libro de la selva*, 1894), la novela de espionaje *Kim* (1901), el relato corto «The Man Who Would Be King» («El hombre que pudo reinar», 1888), publicado originalmente en el volumen The Phantom Rickshaw, o los poemas «Gunga Din» (1892) e «If»—(traducido al castellano como «Si…», 1895). Además varias de sus obras han sido llevadas al cine.

Fue iniciado en la masonería a los veinte años, en la logia «Esperanza y Perseverancia N.º 782» de Lahore, Punjab, India.

En su época fue respetado como poeta y se le ofreció el premio nacional de poesía Poet Laureat en 1895 (poeta laureado) la Orden de Mérito del Reino Unido y el título de *sir* de la Caballero de la Orden del Imperio Británico en tres ocasiones, honores que rechazó. Sin embargo, aceptó el Premio Nobel de Literatura de 1907, el primer escritor británico en recibir este galardón, y el ganador del premio Nobel de Literatura más joven hasta la fecha.

En 2012, en reconocimiento por su interés en las ciencias naturales, se nombra una nueva especie de cocodrilo prehistórico, el Goniopholis kiplingi, por los fósiles

descubiertos en el Reino Unido en 2009.



FERNANDO VICENTE (Madrid, 1963)

Comienza su trabajo de ilustrador a principios de los años 80 colaborando en la desaparecida revista *Madriz*. Gana el Laus de oro de ilustración en 1990.

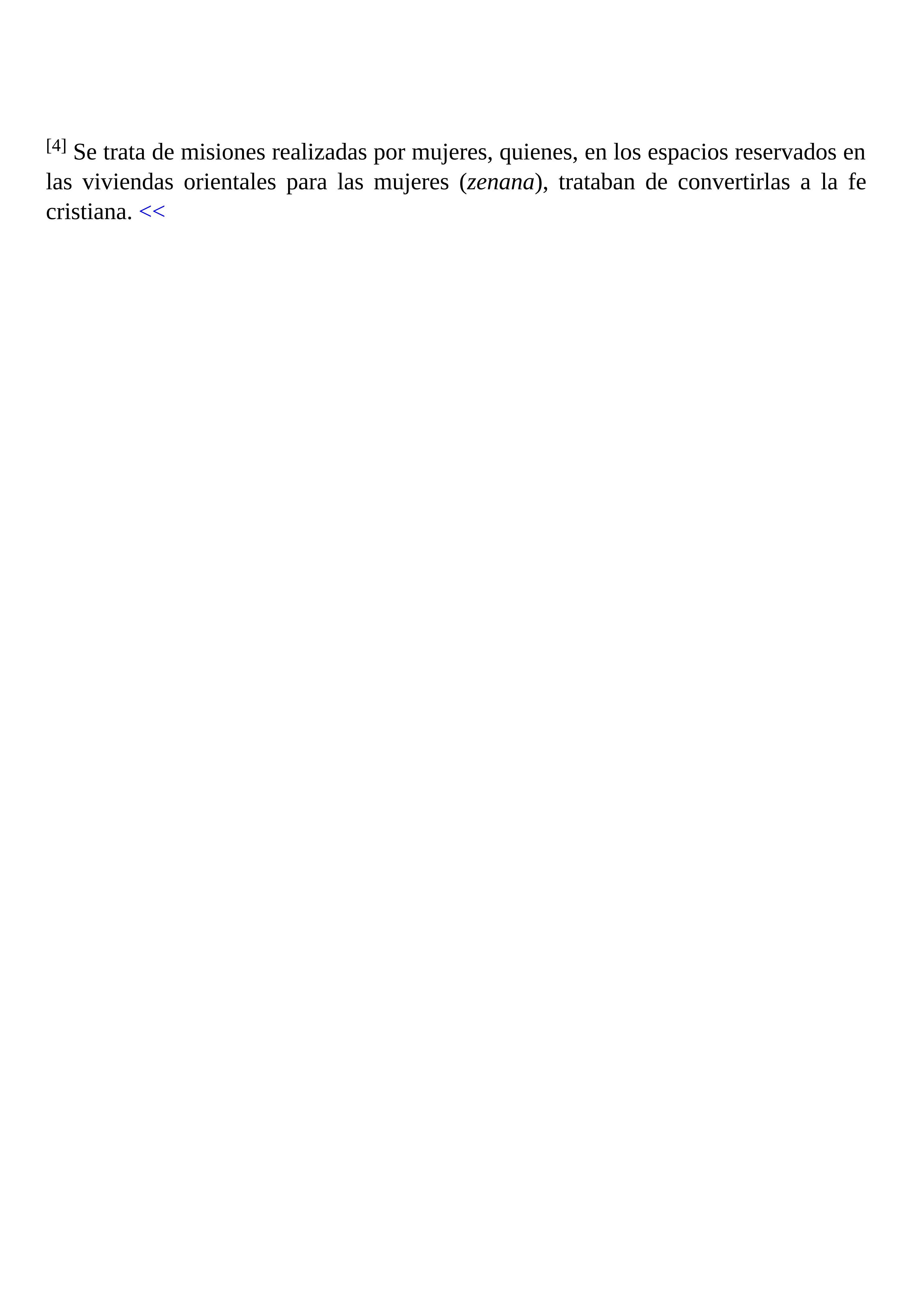
Colabora asiduamente con el suplemento cultural *Babelia* del diario *El país* desde el que muestra su trabajo más literario cada sábado y donde ha ido perfilando su actual estilo como ilustrador.

Notas

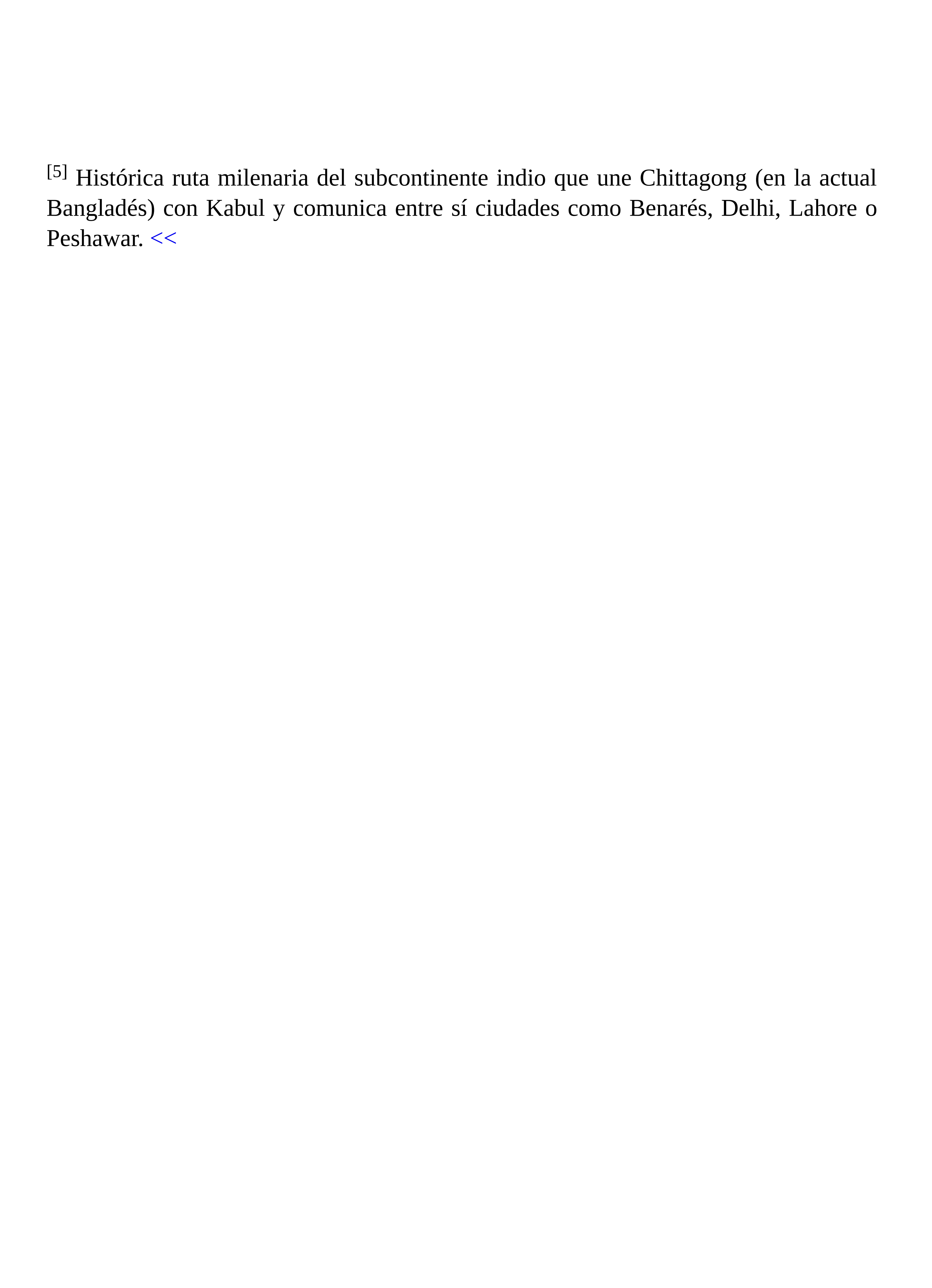
[1] El epígrafe con el que Kipling abre el texto supone una referencia directa al espíritu igualitario de la tradición masónica. Los guiños a la filiación masónica de los personajes reaparecen en todo el texto. (*Todas las notas de la presente edición corresponden al traductor*). <<

[2] Kipling trabajó para el diario *The Pioneer (El Pionero)* entre 1887 y 1889. El nombre ficticio que escoge para el relato es deliberadamente próximo al del periódico real; *Backwoodsman* es la denominación que describe a aquellos que viven en espacios salvajes muy poco poblados o en áreas fronterizas. <<

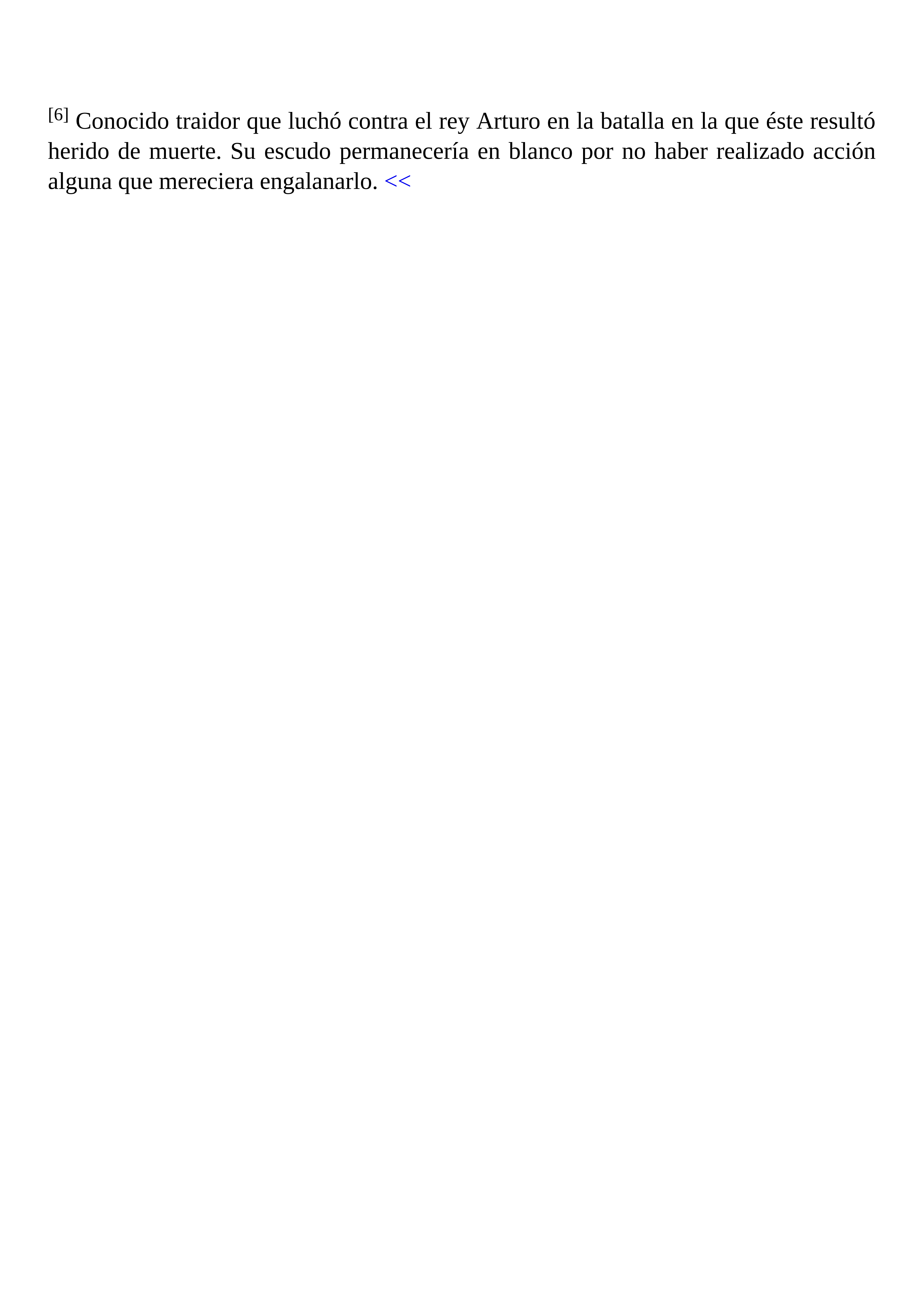
[3] Harún al-Rashid (766-809), califa de Bagdad con el que el califato abasí alcanzó su máximo esplendor. Radical en sus concepciones religiosas, su corte y él mismo desempeñan un papel principal en algunos de los relatos de *Las mil y una noches*. <<



[4] Se trata de misiones realizadas por mujeres, quienes, en los espacios reservados en las viviendas orientales para las mujeres (*zenana*), trataban de convertirlas a la fe cristiana. <<



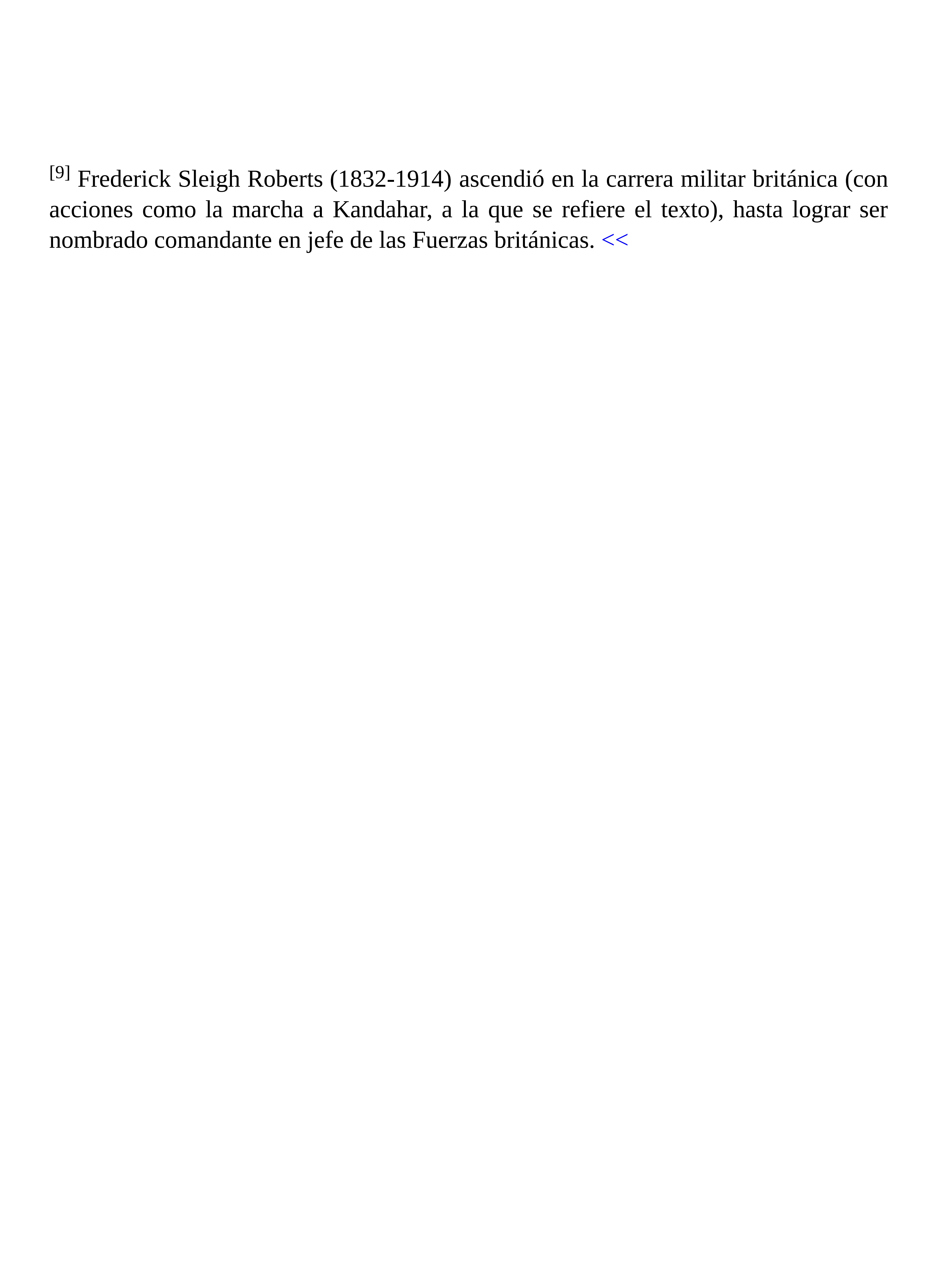
[5] Histórica ruta milenaria del subcontinente indio que une Chittagong (en la actual Bangladés) con Kabul y comunica entre sí ciudades como Benarés, Delhi, Lahore o Peshawar. <<



[6] Conocido traidor que luchó contra el rey Arturo en la batalla en la que éste resultó herido de muerte. Su escudo permanecería en blanco por no haber realizado acción alguna que mereciera engalanarlo. <<

[7] Kipling bromea al inventar un nombre para el distrito, que sería traducible por «Dios sabe dónde». <<

[8] Kipling juega con *whack* («golpe») y la actividad de James Brooke (1803-1868), quien tras auxiliar al sultán de Brunéi para sofocar un alzamiento en el actual estado malasio ubicado en la isla de Borneo, logró su nombramiento como rajá de Sarawack. <<



[9] Frederick Sleigh Roberts (1832-1914) ascendió en la carrera militar británica (con acciones como la marcha a Kandahar, a la que se refiere el texto), hasta lograr ser nombrado comandante en jefe de las Fuerzas británicas. <<

[10] El capitán John Wood (1812-1871) publicó en 1841 el texto *A Journey to the Source of the River Oxus (Viaje al nacimiento del río Oxus)*, acerca del río conocido en la actualidad como Amu Daria, que con un curso de más de 2500 kilómetros sirve de frontera entre Afganistán, Tayikistán, Turkmenistán y Uzbekistán. <<

[11] Existe una leyenda que establece que una colonia de descendientes de soldados de Alejandro Magno se desarrolló en Charikar, ochenta kilómetros al norte de Kabul. Viajeros posteriores declararon que los pobladores de aquellas tierras tenían la piel clara. <<

[12] Término respetuoso de tratamiento. <<

[13] «Prepárate». <<



[14] Clásico personaje de la tradición de títeres británica que se caracteriza por la violencia que utiliza contra Judy, su esposa, y la satisfacción que manifiesta tras esos episodios. <<



[15] En 1857 se produjo el conocido como «motín de los Cipayos», una revuelta muy sangrienta contra el poder de la Compañía Británica de las Indias Orientales, que es interpretado en la India como la primera lucha por la independencia. <<

[16] «The Son of Man goes forth to war, / A golden crown to gain; / His blood-red banner streams afar / Who follows in his train?». Kipling modifica ligeramente la letra del himno religioso compuesto en 1812 por Reginal Heber «The Son of God Goes Forth to War» («El hijo de Dios avanza hacia la guerra»). <<